

Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder ¹

Daniel Mato

Universidad Central de Venezuela.

dmato@reacciun.ve

Una de las dos líneas principales de argumentación de este texto gira en torno a la idea de “prácticas intelectuales”. Con ella me propongo cuestionar el “sentido común” resultante de la hegemonía que la institucionalidad académica y las industrias editoriales han venido ejerciendo sobre la representación de la idea de “intelectual”, así como poner de relieve la existencia e importancia de la amplia diversidad de formas que asumen las “prácticas intelectuales”, es decir aquello que los intelectuales hacen/mos. La otra línea descansa en el par conceptual “cultura y poder”. Al nombrar este par, por un lado, procuro referir la reflexión anterior específicamente a un cierto conjunto de prácticas en particular, y por otro, busco poner de relieve la importancia social de este conjunto particular de prácticas, las que se articulan en torno a lo cultural (simbólico social) en lo político y a lo político (de poder) en lo cultural. Por otra parte, de manera complementaria, en este texto también presento una crítica de la idea de “Estudios Culturales Latinoamericanos”, la cual centro fundamentalmente en el uso descontextualizado y

descontextualizante en América Latina de la idea de “Cultural Studies” proveniente de tradiciones intelectuales angloparlantes. Esta crítica no responde a ningún tipo de sentimiento xenófobo, sino a problemas derivados de la apropiación descontextualizada de la idea originalmente producida en inglés. Esta importación descontextualizada acaba por empobrecer el impulso crítico que esa propuesta intelectual tenía originalmente en su medio. La puesta en contexto (latinoamericano) de esa propuesta permite precisamente argumentar, entre otras cosas, acerca de las limitaciones tanto de las prácticas académicas disciplinariamente encuadradas, como de la idea de “estudios”, para así recuperar y valorizar un conjunto más amplio de “prácticas intelectuales” que exhiben rica historia y presente en América Latina, y que se caracterizan por poner en cuestión no sólo las fronteras disciplinarias, sino incluso las fronteras entre las prácticas encuadradas dentro de las disciplinas académicas y las que las trascienden o se desarrollan en otros contextos institucionales.

1. Las ideas presentadas en este texto se han visto enriquecidas por comentarios recibidos en diferentes foros en que he expuesto versiones anteriores del mismo. Siento el deseo y el deber de reconocer y agradecer esos aportes mencionando al menos esos espacios y algunos aportes en particular. Un espacio particularmente enriquecedor ha sido el de los seminarios sobre el tema que desde 1997 he ofrecido regularmente en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela, y de manera puntual en otras universidades: Nacional de Córdoba (Argentina), Simón Bolívar (Caracas), Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá); de Barcelona y Complutense de Madrid. Asimismo, también han resultado enriquecedores los comentarios recibidos en algunos encuentros internacionales: 3^{ra} Conferencia Internacional de “Cultural Studies”, Birmingham (Inglaterra), 2000; Congreso de “Inter Asia Cultural Studies”, Fukuoka (Japón), 2000; la tres reuniones del Grupo de Trabajo “Cultura y Poder” (antes “Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales”) del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Caracas, 1999, 2000 y 2001; el Seminario Geopolíticas de Conocimiento en América Latina y el Encuentro Internacional sobre “Estudios culturales latinoamericanos: retos desde y sobre la región andina”, ambos en Quito, 2001. Los comentarios y sugerencias ofrecidos por los cerca de treinta colaboradores del Proyecto Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder han sido particularmente provechosos, como sus ensayos han sido incluidos en este mismo volumen omito nombrar aquí a cada uno de ellos. Finalmente, también deseo agradecer los comentarios ofrecidos por: Jesús Martín Barbero, Michiel Baud, Emiliano Cárdenas, Arturo Escobar, Néstor García Canclini, Lawrence Grossberg, Stuart Hall, Kuan Hsing Chen, Sary Levy, Gloria Monasterios, Yoshinobu Ota, Alejandra Reguera, Yolanda Salas y Rosaura Valera. Huelga decir, no obstante, que soy el único responsable por los desaciertos de este texto.

Algunas tendencias recientes a la exclusión de ciertas prácticas intelectuales

En las Humanidades y Ciencias Sociales que se practican en las universidades latinoamericanas (y seguramente también en las de otras latitudes, pero limitaré mi argumentación al medio latinoamericano) cada vez parecen hacerse más hegemónicas las representaciones de la idea de “intelectual” que asocian ésta a la idea de “investigación”, y que en muchos casos “imaginan” a esta última como algo que sólo se hace en “la academia”. Es necesario cuestionar estas representaciones hegemónicas que asocian de manera irreflexiva las ideas de “intelectual”, “investigador” y “académico”, y que en muchos casos incluso las asume como intercambiables entre sí. Para ello puede ser útil poner de relieve al menos uno de los factores que tienden a fortalecer la relevancia de las ideas de “investigador” y “académico”. Este es que en las últimas dos décadas han venido ganado terreno en América Latina ciertos discursos “modernizadores” de “la ciencia” y de las universidades que desde gobiernos y medios universitarios procuran normar, delimitar y controlar las prácticas intelectuales en términos de productividades, medidas estas por indicadores tales como cantidad de publicaciones en revistas académicas “arbitradas”, especialmente de circulación internacional; cantidad de citas de sus obras hechas por sus colegas; etc. Para ello los actores que promueven esos discursos han instituido ciertos sistemas llamados de “estímulo de la investigación” (hasta donde sé, al menos en Argentina, Brasil, Colombia, México y Venezuela), a través de los cuales se distribuyen dineros en relación precisamente a tales tipos de indicadores. Estos reconocimientos fortalecen una idea de “investigación” que se pretende objetiva y avalorativa, y que sin duda es marcadamente academicista. Incluso algunos de quienes disputamos esa idea de “investigación”, nos hemos visto en situación de concursar y luego de aceptar tales dineros, pues ellos resultan complementarios de los cada vez más insuficientes salarios pagados al personal universitario, y porque en no pocos casos esos dineros son los únicos ingresos posibles para dedicarse a la investigación. Por estas razones muchos de quienes no compartimos esa idea de “investigación” hemos participado, activa o pasivamente, en el establecimiento y/o legitimación de estos sistemas llamados de “estímulo a la investigación”. Estos estímulos, lejos serlo a todo tipo de investigación, lo son sólo a ciertos tipos de ella, en general normada según valores y criterios propios de las llamadas “ciencias duras” (física, química, biología, etc.). No sugiero que estos sistemas sean inútiles, al contrario seguramente ayudan a fortalecer la actividad de investigación en estos países. El problema, cuando se mira a esos sistemas de estímulo a la investigación desde las llamadas humanidades y ciencias sociales, es cuál tipo de “producción de conocimientos” tiende a resultar fortalecido y qué consecuencias tiene esto respecto de aquellas prácticas intelectuales que no producen conocimientos que estos sistemas consideran legítimos, sino

otros. Al decir otros, me refiero a aquellos que no se expresan en artículos académicos, sino que, por ejemplo, son parte constitutiva de procesos sociales, y que los intelectuales involucrados no se interesan en publicar para que sean leídos por académicos, sino en comunicar directamente a los actores sociales involucrados. En definitiva, con este ejemplo aludo a conocimientos que son en algún sentido comparables con los que los especialistas de áreas como ingeniería, química o biología suelen patentar (lo cual si es reconocido y premiado por los mencionados sistemas de estímulo), pero que los intelectuales que actúan en campos como el de cultura y poder sólo encuentran posible y estimulante poner en juego con los actores sociales.

El caso es que una de las consecuencias de estos discursos “modernizadores” y de los sistemas de “estímulos a la investigación” sustentados en ellos, es que tienden a estimular la disociación de las prácticas intelectuales de sus relaciones con las de otros actores sociales, sea de movimientos sociales, o de lo que sea pero que implique cualquier tipo de práctica extracadémica; a menos que como parte del proceso se contemple la publicación en medios académicos arbitrados que “certifiquen”, entre otras cosas, la neutralidad axiomática de esas publicaciones. Estos sistemas tienden a deslegitimar las prácticas intelectuales que no estén orientadas a la producción de publicaciones arbitradas; es decir que no se estructuren desde una cierta lógica de una supuesta “excelencia académica” que se construye a imagen y semejanza de la de las llamadas “ciencias físico-naturales”, y así pretendidamente “neutral”, “objetiva”, etc. Así, estos discursos “modernizadores” tienden a deslegitimar ideas tales como las de sostener algún tipo de relaciones con actores sociales extracadémicos, y a desvincular el trabajo intelectual de la reflexión ética y política. De este modo, esta orientación casi siempre acaba por dejar de lado incluso algunas prácticas intelectuales claramente originadas en el ámbito académico pero que acaban por trascenderlo, como las de carácter “aplicado” propias de diversas disciplinas (antropología, sociología, psicología social, educación, trabajo social, etc.), o las encuadradas en ideas de “investigación acción participativa” (Fals Borda, 1986), u otras orientaciones abiertamente intervencionistas. El caso es que esta tendencia “academicista” de la academia no sólo deslegitima intelectualmente las prácticas intelectuales extra académicas, sino que en el mismo acto deslegitima socialmente las prácticas académicas. Y el caso es también que de este modo las universidades cada vez se distancian más de las sociedades a las cuales se supone deberían “servir”.

En este punto en particular, el del aislamiento académico, los discursos “modernizadores” se encuentran con la desesperanza y el “nomeimportismo” que según algunos caracterizarían a los tiempos actuales y a los por venir. Tiempos que quienes así ven las cosas suelen llamar “postmodernos”; y en tal sentido frecuentemente no sólo post-grandes épicas humanas, sino también post-cualquier

afán de cambio, y por tanto de intervención. Así, estos discursos proclamadamente “postmodernistas” suelen promover actitudes intelectuales que si bien dan el paso necesario de la autoreflexión sobre el trabajo intelectual, y el también necesario de la crítica a la “ciencia” y a las lógicas de las disciplinas académicas, asumen estos pasos necesarios como suficientes, y de este modo tienden a sumir el trabajo intelectual en la auto-contemplación, y con ella en el aislamiento respecto de las sociedades que constituyen su entorno más inmediato. En este aislamiento es precisamente dónde se encuentran con los discursos “modernizadores”.

El problema que las concepciones academicistas no han logrado comprender es que tanto las propias preguntas de investigación, como los modos de producción de las investigaciones (lo que usualmente se llama métodos), dependen en última instancia de opciones epistemológicas, las cuales están asociadas a posiciones éticas y políticas que dependen entre otros factores del tipo de relaciones que se sostiene o se aspira a sostener con actores sociales extra académicos. Las posiciones éticas y políticas son constitutivas del piso epistemológico y de las perspectivas teóricas de nuestras investigaciones; y así también de las preguntas y de los métodos. De este modo lo son también de los resultados de las investigaciones, y ello tanto respecto de su contenido, como de su forma: publicaciones. Las preguntas de investigación no son las mismas, ni tampoco los métodos, si lo que se pretende es “escribir” estudios, sino “objetivos” al menos “distanciados”, que si se pretende producir algún tipo de saber útil a los intereses de algún actor social. De las respuestas a preguntas del tipo ¿Para qué y para quién/es investigar? depende qué investigar, cómo, con quiénes, en el marco de cuáles relaciones, con cuáles propósitos. Así como también dependen decisiones tales como si la investigación en cuestión acabará en una publicación en papel y tinta o qué “cosa” (un video, un cassette de audio, un programa de acción, un programa educativo, etc.), y cómo pensamos que tales “cosas” deberían o podrían circular y/o ser útiles, a quiénes, qué importancia tendrían los resultados y cuál los procesos/experiencias. De estas respuestas depende también ¿Cómo evaluar estas experiencias? ¿Mediante cuáles procesos? ¿Con la participación de cuáles tipos de actores sociales? ¿Con cuáles indicadores?

Concurrentemente con estas consideraciones, me parece que debemos tomar en cuenta algunos aspectos particulares de los procesos de globalización contemporáneos que pueden resultar especialmente significativos para nuestra reflexión. Me refiero, en particular a dos aspectos, aunque, como se verá enseguida, el segundo es un caso particular del primero:

- a) La creciente importancia de redes de relaciones transnacionales en la producción de ideas y programas de acción social y política significativos. Estas redes pueden estar conformadas por actores sociales esparcidos por el mundo (no me refiero a su mera existencia en Internet, que es sólo un medio) pero frecuentemente son organizadas y sostenidas por actores localizados en Estados Unidos y/o en unos pocos países de Europa Occidental, quienes de este modo tienen ciertas ventajas en el planteamiento de las ideas en torno a las cuales se articulan, así como en la proposición de sus programas de acción.
- b) La creciente importancia de redes que relacionan a intelectuales individuales, grupos de trabajo, instituciones académicas, asociaciones profesionales, publicaciones profesionales y académicas, fundaciones, agencias gubernamentales e intergubernamentales, etc. Este es un caso particular del señalado en el literal anterior:

La existencia de estas redes transnacionales no es nueva en la historia, lo que ocurre es que en los actuales tiempos de globalización la cantidad e importancia de estas redes se han acentuado. Ello no sólo gracias a las tecnologías comunicacionales y digitales disponibles, sino también a otros factores propios de la segunda postguerra, como por ejemplo la expansión de organizaciones intergubernamentales y no-gubernamentales dedicadas a construir redes de diverso tipo a nivel mundial, el casi-fin del colonialismo, el casi-fin de la guerra fría, y el extraordinario desarrollo de formas de “conciencia de globalización” —las cuáles no importa si podrían calificarse de “verdaderas” o “falsas”, sino que en cualquier caso llevan a los actores a actuar cada vez a escalas más globales². Es necesario indicar que el desarrollo de estas redes de relaciones transnacionales no es ni “bueno” ni “malo” en sí mismo. A modo de ejemplos, sugerentes en este sentido, puede mencionarse que en la actualidad existen redes de este tipo tanto organizadas en torno a ideas racistas, como en defensa de los derechos humano, pero este no es tema de estas páginas.³

El que sí es el tema de estas páginas, y a propósito del cual hacía referencia a la importancia de estas redes transnacionales de producción de sentido y de acción, es el de la ascendencia y establecimiento de ciertas ideas y corrientes teóricas. Más específicamente, mi interés al plantear la necesidad de tomar en cuenta estos aspectos de los procesos de globalización contemporáneos se remite particularmente a la creciente ascendencia en medios

2. He argumentado más extensamente acerca de la idea de tiempos de globalización y sus principales características, en particular la de la idea de “conciencia de globalización” en publicaciones anteriores, en algunas de ellas además he analizado ejemplos de redes transnacionales de actores globales y locales, aunque la mayor parte de estos estudios no incluyen la participación en ellas de instituciones académicas, sino de organizaciones indígenas, de la sociedad civil, y actores globales diversos como fundaciones internacionales, agencias bilaterales, organizaciones intergubernamentales, bancos multilaterales, etc. (por ej.: 1999, 2001a y 2001b).
3. He analizado los problemas de fetichización de la globalización, que expresan tanto los discursos apologéticos como los demonizadores de la misma en algunas publicaciones anteriores (por ej.: 1999, 2001b).

latinoamericanos de las “agendas modernizadoras” del “sector ciencia y tecnología”, como a la de algunas corrientes teóricas que se han constituido en modas (por ej.: el “posmodernismo”, los “cultural studies”, entre otros), y muy especialmente al desarrollo y combinación entre sí de algunas tendencias resultantes de la hegemonía de las ideas neoliberales y de las reformas sociales asociadas a ellas (lo cual incluye políticas económicas, sociales y culturales).

Respecto de las tendencias asociadas a las reformas de inspiración neoliberal, me parecen particularmente significativas para esta reflexión tanto las de reducción del gasto público (en especial pero no sólo en áreas como la educación universitaria), como la de la profundización de algunas formas de división social del trabajo y la “profesionalización” (diferenciación, regulación) de algunas prácticas antes claramente “intelectuales” (en el sentido de marcadamente políticas), hoy transformadas y codificadas cada vez más como “profesionales” (más técnicas, más instrumentales, aparentemente “apolíticas”). Con esto último me refiero particularmente a las que llevan a cabo no pocos colegas (es decir graduados universitarios en diversas disciplinas de las llamadas humanidades y ciencias sociales) tanto en organismos gubernamentales nacionales y provinciales (los menos y cada vez menos), como en organismos municipales y en organizaciones no-gubernamentales (los más, aunque cada vez menos). El caso es que la combinación de todas estas tendencias parece redundar, entre otras cosas, en una menor y escasa incorporación de colegas jóvenes a las universidades, y en la creciente tendencia a que estos colegas jóvenes —cuando logran conseguir trabajos relacionados con lo que estudiaron— acaben trabajando no como “intelectuales” (según la figura más en boga tiempo atrás que en nuestros días) o “académicos” (según la figura que viene ganando posiciones), sino como “profesionales” en organismos municipales y/o en organizaciones no-gubernamentales.

Lo importante del caso es que muchas de las prácticas desarrolladas por intelectuales que trabajan en organismos gubernamentales y en organizaciones no gubernamentales, así como aquellas que desarrollan intelectuales-activistas en movimientos sociales, y artistas en diversos ámbitos, tienen componentes analítico interpretativos, aunque estos no asuman la forma de “estudios”. Pero, no sólo eso, sino que además muchas de ellas suponen formas de producción de conocimientos o saberes (en casos como el del movimiento indígena frecuentemente asentados sobre tradiciones milenarias) que no sólo la academia más convencional no logra “ver” debido a las gríngolas disciplinarias, sino que tampoco lo logran las más novedosas perspectivas transdisciplinarias. Incluyendo entre estas últimas a los denominados “estudios culturales” que además de reclamar para sí la condición de transdisciplinarios, o de no-disciplinarios, expresan —al menos retóricamente— intereses políticos. Frecuentemente, parece que su nombre los condiciona y se quedan en lo de “estudios”.

Pero las prácticas intelectuales que deslegitima, o no logra “ver” la academia, no son necesariamente

novedosas. Por el contrario, en América Latina como en general en el llamado mundo Occidental ellas tienen ya una larga historia. Esa historia nos remite a momentos históricos en los cuales la división del trabajo estaba menos establecida no sólo entre disciplinas, sino también entre la academia y su exterioridad. La profundización e institucionalización de esas formas de división del trabajo y profesionalización de las prácticas intelectuales han sido elementos propios del avance de la Modernidad. De allí precisamente que esto no sea exclusivo de América Latina. Pero a la vez también el tiempo histórico en que esto se desenvuelve es peculiar de América Latina, más aún, lo es también de sus diferentes subregiones. Como también es peculiar de América Latina las maneras en las cuales en la actualidad se expresan continuidades con, y recreaciones de, esas prácticas históricamente anteriores, y también son peculiares de América Latina las formas en las cuales ese esquema de división del trabajo es consciente o inconscientemente transgredido hoy en día.

El reto que tenemos planteado es cuestionar conscientemente estas formas de división del trabajo y de exclusión y/o invisibilización de algunas prácticas intelectuales. El campo de las prácticas intelectuales en cultura y poder es vasto y no me propongo acotarlo, sino solamente sugerir su vastedad y diversidad. Las enumeraciones de ejemplos que ensayaré en las próximas páginas, lo mismo que las provistas por los estudios que conforman esta colección, sólo tienen carácter ilustrativo. El intento al ofrecer esos ejemplos y al reunir los textos que componen la colección es sólo el de hacer visible un poco de lo mucho que habitualmente no vemos. Incluso, es necesario apuntar que, debido a que el proyecto que ha dado lugar a la publicación de esta colección se ha originado y desarrollado en el marco de instituciones académicas, resulta que ésta ilustra más sobre prácticas que se desarrollan desde la academia que sobre otras que se desarrollan “fuera” de ella.

Sobre la idea de “prácticas intelectuales”

La idea de “prácticas intelectuales” que aquí utilizo descansa en cierta medida en la idea de “práctica” propuesta por Bourdieu ([1980]1990). Sin embargo, debo reconocer que tomé conciencia de esta relación, o de esta “deuda”, sólo tras un par de años de utilizarla. La idea de “práctica” propuesta por Bourdieu forma parte de mi perspectiva desde hace tiempo, pero lo hace entendida simplemente como “lo que los actores hacen” y no necesariamente formando un conjunto orgánico con toda la argumentación de este autor. Este no es el lugar apropiado para examinar semejanzas y diferencias. En todo caso me parece necesario puntualizar que señalo esto por la “sana costumbre” de reconocer las fuentes de nuestras elaboraciones, y no con el ánimo de inscribir mi argumentación en la visión más general de ese autor. Sin embargo, hay

dos elementos del planteo de Bourdieu que resultan relevantes para mi argumentación. Uno es que estas prácticas expresan a la vez elementos conscientes e inconscientes, es decir que los actores son sólo a medias conscientes de sus prácticas, y al respecto me parece útil puntualizar que no hay ninguna razón para creer que los intelectuales podríamos ser una excepción. El otro elemento de la argumentación de Bourdieu que me parece relevante acá es el de que los actores aprenden a hacer lo que deben hacer, digamos “lo correcto”. Puesto en mi manera de ver las cosas, esto equivale a decir que aprenden a hacer lo permitido por las instituciones y a excluir lo prohibido, y en el mejor de los casos a transgredir con cautela los límites establecidos. En el caso particular de los intelectuales, no sólo a hacer, sino también a decir lo permitido y excluir lo prohibido. Al respecto y con el mismo espíritu de reconocer “fuentes”, debo apuntar aquí la importancia de *El orden del discurso* (Foucault 1980 [1979]) para esta argumentación.

Como decía al comienzo de este ensayo la idea de “prácticas intelectuales” puede resultar útil para cuestionar el “sentido común” resultante de la hegemonía que la institucionalidad académica y las industrias editoriales han venido ejerciendo sobre la representación de la idea de “intelectual”, así como para poner de relieve la existencia e importancia de la amplia diversidad de formas que asumen las “prácticas intelectuales”, es decir aquello que los intelectuales hacen/mos. Con la idea de “prácticas intelectuales” apunto a criticar el carácter hegemónico de estas dos representaciones de la idea de “intelectual” que en algunas ocasiones se presentan como convergentes entre sí, mientras que en otras aparecen como alternativas. Lo que me propongo en este sentido es poner de relieve la asociación “automática” (inconsciente, no críticamente reflexionada) de la idea de “intelectual” a las de investigación y/o de escritura ensayística, para colocarnos en situación de reflexionar acerca de la existencia e importancia de la variedad de formas que asumen las “prácticas intelectuales”, es decir aquello que los intelectuales hacen/mos.

Criticar esa figura del “sentido común” que asocia la idea de “intelectual” a la de “académico”, y/o a la de quienes escriben ensayos y los publican en medios impresos diversos (periódicos, revistas, libros), nos permite apreciar el carácter intelectual de otras prácticas sociales que también incluyen componentes analítico interpretativos pero que no necesariamente están orientadas a producir escritos, sino a otras formas de acción.

Entre estas otras prácticas intelectuales, quizás las más obvias podrían ser las que tienen lugar en el ámbito docente (no siempre asociadas a la investigación), o bien en la creación codificada en las diversas “artes” y/o en las llamadas “industrias culturales”, así como algunas de las que se desarrollan en el marco de organizaciones y movimientos sociales y en agencias gubernamentales y organizaciones no-gubernamentales. Diferentes tipos de prácticas inte-

lectuales responden a intereses particulares y condiciones contextuales específicas, particulares. En este marco, este ensayo, así como otros en este libro, pone de relieve algunas prácticas intelectuales que transgreden las fronteras de la academia y/o de la escritura, y que o bien toman lugar “fuera” de esas fronteras, o bien lo hacen “dentro y fuera”, como por ejemplo las de numerosas intelectuales feministas, y las de sus colegas en movimientos como el indígena y el afrolatinoamericano, o los movimientos de derechos humanos, o los asociados a la defensa de los derechos de personas con orientaciones sexuales socialmente discriminadas, así como algunas de creación y acción en/desde las artes, u otras asociadas al diseño de políticas públicas, etc.

El debate que se plantea es de crucial importancia en los contextos académicos y políticos contemporáneos en América Latina (y, de otros modos, seguramente en el mundo, pero en el presente texto mi argumentación se limita a casos latinoamericanos) caracterizados por la reestructuración y resignificación en algunos campos, y la profundización en otros, de los esquemas de división del trabajo intelectual anteriormente establecidos. En el caso particular del campo de “cultura y poder” podemos decir que actúan fuerzas contrapuestas. Por un lado tenemos el avance de algunas críticas y desarrollos transgresores de las fronteras disciplinarias (entre otros los así llamados “estudios culturales” y algunas corrientes “postmodernistas”) pero que, sin advertirlo, acaban naturalizando las fronteras entre las prácticas intelectuales que se desarrollan “dentro” y “fuera” de la academia. Por otro, tenemos que esta división es crecientemente reforzada y recodificada a través tanto de algunos discursos autoidentificados como “postmodernos”, como —en América Latina— a través de ciertos discursos y políticas públicas “modernizadores” para los ámbitos educativo y de ciencia y tecnología. Los resultados del fortalecimiento y recodificación de esta división entre el “adentro” y el “afuera” de la academia resultan diversos para diferentes disciplinas pero, en general, entre otros efectos, suponen la deslegitimación intelectual de las prácticas que se desarrollan “fuera” de la academia y la deslegitimación social de las que se desarrollan “dentro”. Por otra parte, tenemos que —como ya explicaba más arriba— las reducciones de los presupuestos públicos, y en particular universitarios, tienden a disminuir las oportunidades de empleo académico, mientras por esas mismas reducciones de presupuesto público crecen, de manera relativa, las oportunidades de empleos profesionales —en municipios y organizaciones no-gubernamentales operando con fondos internacionales— los cuales acaban convirtiéndose en espacios para el desarrollo de prácticas intelectuales. A la vez, en el marco de la creciente pauperización de las sociedades latinoamericanas, las organizaciones y movimientos populares también crecen como espacios de práctica intelectual. El desajuste entre, por un lado, las fuerzas que tienden a profundizar la división del trabajo intelectual y, por otro lado, las demandas de mercado y las

demandas políticas que exigen la revisión de esa división, afecta los contextos sociales en los cuales desarrollan sus actividades las universidades latinoamericanas y explica algunos de los conflictos que estas atraviesan (particularmente las grandes universidades públicas) a su interior y en sus relaciones con esos contextos sociales.

Es en el marco de estos procesos que la idea de “Estudios Culturales Latinoamericanos” entra en escena en las universidades latinoamericanas. La entrada en escena de esta denominación plantea problemas, retos y oportunidades que tiene especial relevancia para el campo de las Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder, por lo que resulta provechoso analizarla extensamente.

La institucionalización transnacional de los “Estudios Culturales Latinoamericanos”: problemas, retos y oportunidades.

Hace sólo unos años, Jesús Martín Barbero una de las voces más reconocidas como exponente de lo que algunos llaman “Estudios Culturales Latinoamericanos” y otros “Latin American Cultural Studies” aclaraba: “Yo no empecé a hablar de cultura porque me llegaron cosas de afuera. Fue leyendo a Martí, a Arguedas que yo la descubrí, [...]. Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes de que esa etiqueta apareciera” (1997:52). Por su parte, Néstor García Canclini, otra de las voces más reconocidas en ese campo, al ser interrogado para la revista *Journal of Latin American Cultural Studies* sostuvo: “Comencé a hacer Estudios Culturales antes de darme cuenta que así se llamaban” (1996:84; mi traducción, D.M.). Mientras que Beatriz Sarlo, al ser inquirida por esa misma revista respondió: “En Argentina nosotros no los llamamos ‘Cultural Studies’. Más aún, con Carlos Altamirano hemos creado una Maestría [...] y la hemos llamado ‘Sociología de la Cultura y Análisis Cultural’, no ‘Cultural Studies’ —que es un término que ha sido puesto en circulación masiva por la academia estadounidense” (1997:90; mi traducción, D.M.). Más recientemente, Renato Ortíz, en su respuesta a una encuesta organizada por la Universidad de Stanford, publicada luego en la revista *Punto de Vista*, de Buenos Aires, explicaba:

El cuestionario propuesto por la Universidad de Stanford me cita como uno de los más ‘sobresalientes’ latinoamericanistas dedicados a los estudios culturales, lo que me proporciona gran satisfacción. Sin embargo, a pesar de estas pruebas, la imagen que tengo entre mis colegas brasileños no se ajusta a esta definición. Para ellos soy, simplemente, sociólogo, antropólogo, [...] (2001:36)

¿Por qué Martín-Barbero, García Canclini, Beatriz Sarlo y Renato Ortíz hacían estas declaraciones? ¿Por qué eran interrogados y por qué se veían en la necesidad de aclarar esto?

Desde hace poco menos de una década asistimos en América Latina a un proceso acelerado de institu-

cionalización de eso que algunos colegas latinoamericanos han comenzado a llamar “*Estudios culturales latinoamericanos*”. Este proceso viene ocurriendo en diálogo y relación, y a veces también como consecuencia, del proceso de institucionalización de lo que nuestros colegas que trabajan en universidades de Estados Unidos, Inglaterra y Australia llaman en inglés *Cultural Studies* y de lo que algunos de ellos de manera complementaria denominan *Latin American Cultural Studies*.

Jesús Martín Barbero, Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo y Renato Ortíz emitieron las opiniones que reproduje más arriba al ser interrogados en el contexto de este proceso de institucionalización. Se trata de un proceso muy particular y significativo para la configuración que va tomando a nivel mundial este campo, para el establecimiento del sistema de valores y de supuestos éticos, políticos y epistemológicos en que se asienta, para el sistema de categorías de análisis, preguntas y modos de investigación que se consideran parte del mismo y los que no, para el sistema de autores que se consideran “fundadores” y/o referencias ineludibles, etc.

Pero no sólo estos colegas tan ampliamente reconocidos han sido interrogados en estos términos y sus trabajos leídos como “*Cultural Studies*”. Esto también nos ha pasado a otros, o en todo caso, al menos también me ha sucedido a mí. Más aun, mi elaboración crítica sobre este asunto y la formulación de la idea de “estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder” (y así del proyecto que ha dado origen a este libro) se han dado no sólo como consecuencia de mis intereses y posiciones en el ámbito —digamos— estrictamente latinoamericano, sino también, y al menos en parte, en respuesta a esas interpelaciones. Es decir que, de un modo u otro, se han dado en diálogo con ellas. Resultan en parte de mi sorpresa al encontrarme con que algunos colegas de Estados Unidos insistían en llamar “*Cultural Studies*” a lo que yo venía haciendo en América Latina y llamaba simplemente una perspectiva transdisciplinaria. Lo que hacía, y que entonces hacíamos y aún hacemos muchos en América Latina, encontraba antecedentes en los escritos y prácticas de algunos intelectuales y artistas latinoamericanos, pero también de intelectuales franceses, alemanes, italianos, e incluso estadounidenses. En todo caso, esta sorpresa me condujo no sólo en una reflexión crítica respecto del uso de la traducción de la denominación “*Cultural Studies*” al castellano que algunos comenzaban a hacer, sino también en el establecimiento de diálogos sumamente enriquecedores con varios de estos colegas de habla inglesa. Destaco esto de manera pormenorizada —y deliberadamente en el cuerpo principal de este texto y no en una nota al pie— porque me parece necesario poner de relieve, una vez más, que de ningún modo propongo contraponer alguna suerte de “esencia latinoamericana” a unos supuestos designios imperiales de nuestros colegas de habla inglesa, o de otras hablas extranjeras. Tampoco me propongo sugerir que las prácticas intelectuales latinoamericanas son de ningún modo “puras” y “vírgenes” de todo contacto con otras tradiciones intelectuales. No, de ningún modo. No

se trata de negar el potencial de fertilidad de los aprendizajes intersociales, o, si se prefiere, interculturales. Por el contrario, pienso que es provechoso cultivarlos. Pero de lo que sí se trata es de tener conciencia tanto de las diferencias de contextos institucionales y sociales, como de las de tradiciones intelectuales, para de este modo poder dialogar provechosamente y apropiarse consciente y creativamente de todo aquello que se juzgue conveniente.

Es necesario comprender que el proceso de institucionalización de los así llamados “*Cultural Studies*” tiene carácter transnacional y se da a escala mundial. Y que esto ocurre en un tiempo histórico marcado por la existencia de significativas relaciones de poder entre instituciones académicas e individuos de diferentes áreas del mundo, en el cual la expresión y publicación de ideas en idioma inglés ejerce particular influencia en el curso de la configuración del canon, o de los paradigmas fundamentales, del campo. Esto se debe particularmente, tanto a la preexistencia de relaciones de poder intersociales que responden a factores históricos de muy larga data, como a ciertas diferencias contemporáneas específicas en términos de magnitud y recursos entre las universidades, editoriales y mercados profesionales y lectores entre diversas áreas del mundo, algunas de las cuales en última instancia se relacionan al menos parcialmente con algunos de esos factores históricos. Pero, no sólo el uso del idioma inglés vs. el castellano o el portugués marca diferencias en el poder de definición del campo y sus paradigmas, también las marca el uso de estas lenguas coloniales hoy oficiales de los estados latinoamericanos vs. la expresión en lenguas indígenas que caracteriza las prácticas de no pocos intelectuales indígenas en varias sociedades latinoamericanas; particularmente, pero no sólo, en países cuya población indígena representa poco más o menos la mitad de las respectivas poblaciones nacionales, como por ejemplo en Ecuador (ver en este volumen Dávalos 2002), Bolivia y Guatemala. Las diferencias de poder también se relacionan con el hecho que las prácticas basadas en medios académicos tienen a la escritura como principal medio vs. otros medios utilizados por intelectuales fuera de la academia: la oralidad presencial y/o diversos medios visuales, de audio, y audiovisuales. Este conflicto no es nuevo en América Latina y de hecho ha sido un elemento importante en las reflexiones de Angel Rama (ver en este mismo volumen Poblete 2002). Desde luego, este problema trasciende el ámbito latinoamericano y ha sido objeto de abundante bibliografía. Significativamente, aunque con una perspectiva muy distinta a la de Rama, este tema ha sido un eje importante en el trabajo de Richard Hoggart (1958), quien es señalado como uno de los fundadores de los “*Cultural Studies*” en Gran Bretaña. En todo caso, lo importante es que no es sólo el inglés vs. otras lenguas, sino también la escritura vs. la oralidad y otros medios —y esto además también es significativo en los países de habla inglesa, aunque en la actualidad no suele discutirse este asunto en ellos.

Podríamos decir que existe al menos una cierta influencia del proceso de definición del campo y su institucionalización que se da en EEUU e Inglaterra en lo

que ocurre al respecto en América Latina. Podría argumentarse que lo opuesto también ocurre. Sin embargo, los alcances y modos en que se dan una y otras influencias son muy diferentes, y esto se debe, nuevamente, a la preexistencia y permanente reproducción de relaciones de poder entre las sociedades en cuestión, sus sistemas educativos e instituciones académicas, así como en el mercado editorial. Así, no es de extrañar la preeminencia de representaciones y referencias del campo producidas en inglés. Pero además —y por lo antes dicho respecto de la hegemonía de la escritura como medio y meta— tampoco debe sorprendernos la tan paradójica como indiscutida hegemonía de la idea de “Estudios” (“*Studies*”) para definir un campo de “prácticas intelectuales” cuyo carácter político ha sido enfatizado tanto por quienes hoy se autoidentifican como partícipes de él, como por aquellos frecuentemente señalados como sus “fundadores” (Williams, Hoggart, Hall) en las narraciones de la historia del campo, las cuales indefectiblemente suelen remitir sus orígenes a las prácticas del grupo de intelectuales del Birmingham Centre for Contemporary Cultural Studies (ver por ej: Turner 1992). ¿Es qué acaso un campo proclamadamente político sólo da lugar a “Estudios”? ¿Quedaron las prácticas extramuros del grupo de Birmingham en el olvido? ¿Es qué sólo se puede participar en este campo produciendo “Estudios”? ¿Qué sucede con otras formas de práctica intelectual? ¿Dónde quedan: las prácticas no escritas en el seno de movimientos sociales, las prácticas en artes visuales, en música, en cine y video, etc? Volveré sobre este escrituro-centrismo más adelante en este texto, pero antes me parece necesario continuar con la argumentación de orden —digamos— geopolítico.

Desde luego, esta no es la primera vez en la historia de las ideas, las disciplinas, o las teorías que los paradigmas, o el canon, se forman con fuerte incidencia de relaciones jerárquicas entre diversas comunidades académicas o intelectuales. No obstante, que no sea la primera vez que ocurre no es razón para silenciarlo. Pero, además lo que ocurre en este período histórico, que —como decía más arriba— podemos caracterizar como “tiempos de globalización”, es que estas relaciones jerárquicas operan sobre un sistema de redes más extenso y con intercambios más intensos. Las investigaciones que he venido realizando sobre redes de otros tipos de actores sociales —por ejemplo organizaciones indígenas, cívicas, ambientalistas, etc.— me han permitido observar cómo gracias a una mayor disponibilidad de diversos tipos de recursos, los actores con capacidad de actuar a niveles globales no sólo promueven sus propias representaciones y orientaciones de acción a través de sus relaciones bilaterales con actores locales, sino también a través de la promoción de eventos y redes de trabajo entre actores locales de numerosos países que de este modo resultan convocados y organizados en torno a las representaciones de esos actores que actúan a niveles globales. Así, estos actores, que en este sentido podemos llamar “globales”, participan en condiciones “ventajosas” en los procesos transnacionales de

producción de representaciones significativas. Esto no necesariamente implica que los actores que podríamos llamar “locales” adopten sin más las representaciones que promueven los actores “globales”, pero sí que elaboran sus propias representaciones en el marco de esas relaciones transnacionales. De este modo, resulta que las representaciones que orientan las acciones de esos actores “locales” se relacionan de manera significativa, aunque de formas diversas, con las de los actores “globales”. Si bien en algunos casos esto implica la adopción de ciertas representaciones y de las orientaciones de acción asociadas a ellas, en otros significa crítica, rechazo o resistencia, en otros negociación, en otros apropiación creativa. En fin, el estudio de casos verifica tanto que las relaciones son ineludibles, como que se establecen distintos tipos de relaciones entre estas representaciones y orientaciones de acción. Esto lo he observado tanto en casos de producción de representaciones de identidades y diferencias étnicas y raciales, como de ideas de desarrollo sostenible, sociedad civil y otras (para estudios de casos ver por ej.: Mato 1999, 2000a y 2001a).

Lo que vengo observando —en última instancia como participante, crítico sí, pero de un modo u otro participante— me lleva a pensar que algo análogo está ocurriendo con la producción transnacional de representaciones del campo que a nivel mundial se viene nombrando como “Cultural Studies”. Las voces que tienen mayor poder para establecer qué es y qué no es este campo, el sistema de inclusiones y exclusiones (de temas, enfoques, autores, etc.) son las que se expresan mediante publicaciones en inglés. Así se ha venido configurando un canon que aunque se exprese en varios idiomas y luego incluso incorpore otras voces, resulta que básicamente se escribe en inglés, o que se escriba en el idioma que se escriba, de todos modos se produce en el contexto de las instituciones académicas de Estados Unidos, Inglaterra y Australia (entre las cuáles hay diferencias que no es posible comentar en este texto), y que se legitima, disemina y reproduce a través de las respectivas industrias editoriales y mercados de estudios de postgrado. Como parte de estos procesos transnacionales en América Latina podemos observar relaciones muy diversas con esto que ocurre en inglés o incluso en español pero el marco de universidades de los Estados Unidos. Algunas de ellas son simples importaciones, gestos de autosumisión irreflexiva, otras suponen negociaciones de sentido muy diversas con lo que ocurre en inglés, otras implican diversas formas de resistencia.

El énfasis que aquí hago en la necesidad de tomar en cuenta las referencias contextuales se debe a que de unos modos u otros la producción de discursos es condicionada por los contextos de producción (Foucault, 1980 [1970]). A nadie se le escapará que los desafíos, problemas, condicionamientos y tradiciones intelectuales que

marcan las prácticas de quienes teorizan y dan clases por ejemplo en algunas de las universidades privadas y ricas de Estados Unidos y hacen sus vidas en el marco de esa sociedad nacional, esa economía nacional, ese mercado y ese Estado, son significativamente diferentes de los que marcan las prácticas de quienes lo hacen desde cualquier universidad pública de América Latina, esas diversas sociedades, economías, mercados y Estados. Desde luego también hay diferencias entre distintos tipos de instituciones dentro de Estados Unidos, así como entre países latinoamericanos, y también al interior de estos. Y desde luego, lo sostenido no supone asumir que los intelectuales latinoamericanos constituiríamos un conjunto homogéneo que se confundiría con las “masas populares” o los grupos “subalternos” de los respectivos países, ni tampoco que los de Estados Unidos, constituirían otro que se confundiría con la CIA. Obviamente no se trata de plantear ninguna simplificación ni dicotomía de este tipo. Sino, de reconocer la existencia tanto de heterogeneidades y conflictos al interior de cada uno de esos dos conjuntos, como de condiciones y demandas contextuales (de las universidades, de actores sociales, de agencias de financiamiento, etc.) marcadamente diferentes para uno y otro. En consecuencia, no se trata de pensar en la existencia de dos “tipos puros” de prácticas intelectuales, sino en una amplia diversidad de casos, incluyendo sobreposiciones, tránsitos e híbridos.

Ahora bien, en el caso específico de los “Latin American Cultural Studies” (LACS) —mantengo el nombre en inglés porque me refiero al campo que se construye en inglés— la relación contexto-discurso es un asunto más complejo y a la vez más delicado políticamente que en el de los Cultural Studies (CS) sin adjetivo. Más complejo porqué en la constitución del canon de este subcampo también participan voces que hablan desde América Latina, o al menos que son originarias de América Latina aun cuando en la actualidad algunas hablen desde instituciones académicas de países de habla inglesa. Y más delicado políticamente porque los LACS no sólo están conceptualmente vinculados a los CS, sino también a lo que en inglés se llaman “Area Studies” (estudios de áreas, o regiones, del mundo), y esto agrega nuevos ingredientes. Particularmente, por la herencia que cargan los “Area Studies” de su origen asociado a proyectos imperiales, a la producción de conocimientos para uso en las metrópolis acerca de pueblos y naciones dominadas, o que se proyecta dominar. Esta herencia, a la que se enfrentan y cuestionan muchos de nuestros mejores colegas de Estados Unidos y Gran Bretaña, marca, no obstante, el sistema fundante de construcción de objetos de estudio, preguntas y modos de investigación de los Area Studies.⁴

El caso es que, dadas esas relaciones transnacionales de carácter jerárquico que involucran relaciones de poder, el

4. Limitaciones de espacio me impiden explayarme acá sobre este tema que he tratado en ocasiones anteriores (ver por ejemplo Mato 1998b y Mato 2000b).

canon y/o los paradigmas de qué son y qué no son CS, e incluso LACS, cuáles orientaciones de trabajo (éticas, epistemológicas y políticas) son incluidas, y cuáles no, en la conformación del campo se forma en buena medida en Estados Unidos y/o en el contexto de relaciones de diversa índole con la academia estadounidense. La academia estadounidense ha canonizado particularmente un libro de Martín Barbero (*De los medios a las mediaciones*) y dos de García Canclini (*Culturas híbridas* y *Consumidores y ciudadanos*) como paradigmas (en el sentido restringido que daba Thomas Kuhn a este término en su clásico *La estructura de las revoluciones científicas*, el de realizaciones ejemplares que sirven de referencia a una comunidad académica) de los LACS. Pero lo más interesante del caso es que en ocasiones incluso las obras de estos dos autores, las cuales se han traducido al inglés y se utilizan en numerosos cursos en EEUU son —digamos— “subalternizadas”. Así, por ejemplo a Néstor García Canclini en más de un foro le han pedido que explique la relación de su obra *Culturas híbridas* con la idea de “hibridación” de Homi Bhabha (intelectual nacido en la India pero que ha desarrollado su vida académica en Inglaterra y Estados Unidos y cuya lengua de trabajo es el inglés). Esto me lo comentó el mismo García Canclini a la salida de uno de estos foros, quien además me explicó que para la época en que escribió *Culturas híbridas*, como para la época en que le formularon por primera vez esa pregunta, él no había leído a Bhabha.

La existencia de estas relaciones de poder entre la academia estadounidense y las de diversos países latinoamericanos tiene diversas consecuencias. En primer lugar, ocurre algo que ya ha sido expresado por numerosos colegas latinoamericanos: que muchos de quienes trabajan en el marco de instituciones académicas de Estados Unidos frecuentemente no consideran los aportes teóricos hechos desde América Latina, o que cuando lo hacen los asumen subordinados a los que se escriben en inglés (por ej.: la pregunta acerca de Bhabha formulada a García Canclini). Nótese que mi argumento al respecto no refiere al lugar de nacimiento de unos u otros autores, sino a la lengua y al marco institucional de trabajo. Desde este punto de vista resulta irrelevante el lugar de nacimiento de un autor (para el caso del ejemplo antes mencionado, el de Homi Bhabha). Por otro lado, mi argumentado, al enfocar específicamente en el contexto social e institucional de producción, a la vez que en el idioma de expresión escrita, abre espacio para el análisis de un amplio campo de situaciones polivalentes que incluye tanto obras traducidas al inglés, como otras que son escritas y publicadas directamente en inglés por autores que residen en países no angloparlantes (entre los cuales me incluyo). Este des-conocimiento, este no-reconocimiento, en no pocos casos ocurre simplemente por incapacidad de algunos colegas angloparlantes para leer castellano o portugués. En otros, responde, al menos en parte, a una suerte de ignorancia arrogante, institucionalmente cultivada y asociada a las relaciones de poder a escala mundial, las mismas que algunos de estos mismos colegas

critican con referencia a Estados y corporaciones transnacionales, pero sin extender su reflexión a sus propias prácticas. Afortunadamente hay numerosas excepciones. El caso es que esta práctica de no-reconocimiento afecta las posibilidades de circulación internacional del trabajo de los investigadores latinoamericanos que publiquen en castellano y portugués.

Además, debido a la existencia de actitudes colonizadas en América Latina, esto también incide en las posibilidades de reconocimiento e incorporación de estos aportes en América Latina. Al menos por parte de quienes esperan que las contribuciones de autores latinoamericanos sean reconocidas en Europa o Estados Unidos para recién entonces considerarlas seriamente. Esta es una peculiaridad que se relaciona con nuestra historia colonial y nuestro presente —digamos— neocolonial, postcolonial, subordinado, o como deseemos llamarlo. Pero esto no sólo se debe a nuestra mentalidad “colonizada”, sino también a dificultades prácticas relacionadas por ejemplo con el escaso intercambio de información entre nuestras universidades y editoriales (lo cual no está desvinculado de ese tipo de mentalidades); la casi inexistencia de revistas académicas y/o de artes e ideas con buena distribución a nivel abarcadoramente latinoamericano; la menor disponibilidad de becas para que los colegas de un país latinoamericano hagan su formación de postgrado en otro país de la región, en comparación con las que hay para hacerlo en EEUU y algunos países europeos; y otras circunstancias análogas. Estos problemas se relacionan con un complejo conjunto de factores que de hace tiempo han preocupado a algunos intelectuales latinoamericanos, y que han dado lugar a varios intentos de respuesta. No obstante, esas respuestas hasta ahora han resultado insuficientes, por lo que requieren nuestra mayor atención, cada vez más urgentemente en vista de los retos que plantean los procesos contemporáneos de globalización.

Hasta la fecha la irrupción de la denominación “Estudios Culturales Latinoamericanos” en espacios universitarios de América Latina generalmente ha sido consecuencia de entrecruzamientos entre las prácticas de académicos e intelectuales de América Latina con las de colegas, universidades, asociaciones académicas, editoriales y revistas académicas de Estados Unidos y Gran Bretaña. Esto no puede ni debe ser calificado en términos de “bueno” o “malo”, sino que debe ser analizado de manera específica en los diversos contextos en que tiene lugar y desde los puntos de vista de diferentes comunidades intelectuales y sus intereses.

Por ejemplo, personalmente valoro el que la irrupción de esta idea y el sistema de relaciones transnacionales asociado a ella contribuya a debilitar las rigideces de las disciplinas y el poder de sus instituciones guardianas (sociedades profesionales, escuelas y departamentos) y a favorecer el desarrollo de iniciativas transdisciplinarias, así como también a desafiar los discursos sobre la supuesta “objetividad” de las ciencias sociales (como sabemos, nada más subjetivo que tal pretendida “objetividad”).

Pero, en cambio, me preocupa que esta idea y sistema de relaciones tiendan a estimular la sobrevaloración de las tendencias intelectuales de los centros y la vinculación a ellas, a la vez que a desestimar (o al menos a no estimular) la vinculación con las prácticas críticas en cultura y poder desarrolladas por intelectuales locales en una amplia diversidad de movimientos sociales y en otros ámbitos más allá de las universidades. Fascinación por lo metropolitano que ya ha ocurrido anteriormente, sólo que ahora es facilitada por las prácticas crecientemente globales de los colegas e instituciones del “Norte”, por las tecnologías digitales y electrónicas aplicadas a las comunicaciones, a la vez que por la creciente escasez de recursos locales para realizar investigación, becas de estudio, etc., asociados a las restricciones aplicadas a las universidades públicas en el marco de las políticas neoliberales de reducción del gasto público. Me preocupa lo que esto muchas veces supone en términos de autocolonización intelectual y desarticulación de redes locales, así como la seducción que ejerce la posibilidad de cierta politización de carácter meramente retórico en los discursos académicos, pero que no se acompaña de iniciativas prácticas por construir mediaciones con actores sociales locales. Peor aún, que es crecientemente reforzada por los sistemas de “estímulo a la investigación científica” que en varios países latinoamericanos (por ej: Argentina, Brasil, Colombia, México y Venezuela) se han establecido como políticas de Estado y que mediante recompensas monetarias y de otros tipos tienden a reforzar la división del trabajo intelectual entre “dentro” y “fuera” de la academia.

Sin embargo, la situación es polivalente. Por un lado tenemos que en varios países latinoamericanos se ha venido incorporando la idea de “Estudios Culturales Latinoamericanos” (o sus acotaciones subregionales o nacionales) en nombres de revistas, encuentros y congresos, seminarios, títulos y contenidos de artículos y libros. En buena parte de los casos, la adopción de este nombre no es acompañada de una reflexión crítica, o al menos esta no se hace explícita. Y además, en no pocos de ellos es posible observar diversos indicadores de continuidades fuertes con los “Cultural Studies”, esos que se hace en inglés, o incluso que se narra el mito fundador que coloca su origen en Birmingham, Inglaterra. Al decir indicadores me refiero a referencias bibliográficas, conferencistas principales de eventos, adopción de temas, etc. Los ejemplos no son pocos, pero me parece innecesario hacer señalamientos particulares, pues el objetivo no es entrar en polémicas personalistas, sino promover la reflexión al respecto. Por otro lado, existen otros tipos de casos en los cuales si bien se observa la adopción del nombre sin una reflexión explícitamente crítica al respecto, no obstante no se observan indicadores de que los “Cultural Studies” sean vistos como referencia fuerte, o como origen genealógico. Por el contrario, en algunos de estos casos es posible observar que bajo el nombre “Estudios Culturales Latinoamericanos” (o sus acotaciones subregionales o

nacionales) se incluyen mayormente, cuando no exclusivamente, producciones intelectuales locales, e incluso no sólo del tipo “estudios”, sino también del tipo “otras prácticas”. El conocimiento directo de algunos casos con estas características, me ha llevado a pensar que quizás razones de tipo práctico y/o estratégico llevan a algunos colegas a adoptar la denominación “Estudios Culturales Latinoamericanos”, sin por ello necesariamente adoptar el sistema de representaciones del campo, canon y paradigmas propios de los “Cultural Studies” o de los “Latin American Cultural Studies”. Desde este punto de vista, es posible asumir que el problema no es el nombre que le damos al campo, sino el concepto del mismo que manejamos.

Puesto de otro modo, creo que es necesario evitar la naturalización de la idea de “Estudios Culturales” que no es sino la traducción de la de “Cultural Studies”. Pienso que la utilización de esta denominación no sólo construye una asociación dependiente con lo que ocurre en inglés, sino que además naturaliza la exclusión (coloca fuera de los límites del campo) de prácticas muy valiosas en cultura y poder, las cuales guardan relaciones política y epistemológicamente significativas con los contextos sociales y con los movimientos sociales latinoamericanos. Y esto último ocurre, entre otras cosas, porque el proyecto de los Cultural Studies, esos que se hacen en inglés, ha venido academizándose a la vez que despolitizándose. Esto incluso lo señalan así algunos de los más destacados partícipes de este campo (ver por ej. Grossberg 1998).

En efecto, la creciente importancia académica de los *Cultural Studies* en Estados Unidos y Gran Bretaña se ha dado combinadamente con una pérdida de importancia de la condición política que se supone le era propia. Su carácter político ha venido disolviéndose en una retórica de la política y los asuntos de poder que no permite ver las prácticas de los actores sociales, que en inglés se denominan “social agents”. Así, buena parte de los Cultural Studies, esos que se hacen en inglés, ha devenido “agentless”, es decir “sin actores sociales”; mero asunto de análisis de textos y discursos, que en el mejor de los casos son puestos en contextos respecto de los cuales —de todos modos— no se estudian prácticas sociales específicas. Pero, además, uno de los problemas del campo particularmente en Estados Unidos es que los colegas no han encontrado formas efectivas de superar los esquemas de división del trabajo que separan a las prácticas académicas de esas otras prácticas en cultura y poder que se dan fuera de la academia. Si acaso, han encontrado como incluir lo que se hace en algunas artes y en los medios, o en las llamadas “industrias culturales”. Pero no han encontrado cómo integrar en el proyecto lo que hacen por ejemplo muchos intelectuales en diversos ámbitos extra académicos (feministas, chicanos, afroestadounidenses, latinos, de derechos humanos, etc.), al punto que en entrevistas sostenidas con algunos de ellos incluso se han referido a los “*Cultural Studies*” como un proyecto “conservador”, cuando no abiertamente “reaccionario”. Y uno de los problemas de importar esa denominación es que ella viene cargada de esos problemas.

Pero más aún, pienso que la importación acrítica y descontextualizada de la idea de “Cultural Studies” no sólo resulta inconveniente por todo lo que desconoce de los contextos latinoamericanos a los que se la pretende incorporar, sino que incluso resulta inapropiada con relación a la propia idea de “Cultural Studies” originalmente acuñada por el grupo de intelectuales de Birmingham, y al menos también con algunas de las corrientes actuales más fuertes en este campo en los Estados Unidos. Veámos: ¿Qué son los “*Cultural Studies*”, esos que se hacen en inglés?. Pienso que una manera posible de definirlos de manera sintética es diciendo que esta etiqueta se aplica a un campo sumamente heterogéneo de prácticas académicas e intelectuales (y especialmente a aquéllas) cuya retórica enfatiza su carácter no-disciplinario, inter o transdisciplinario según los casos, que estudian asuntos de cultura y política, o lo político de lo cultural y lo cultural de lo político y que se reconocen contextualmente específicas. Más allá de la señalada diversidad, puede decirse que se trata no obstante de una suerte de corriente o tradición intelectual (véase por ej.: Burgin 1990, Grossberg 1993, Hall 1996, Nelson, Treichler y Grossberg 1992, Storey 1996, Turner 1992). De este modo podría decirse que una diferencia significativa entre la corriente de los “Cultural Studies” y el campo de las Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder, es que este último campo incluye también otras corrientes intelectuales. Esto quiere decir que aun cuando en este escrito utilizo la idea de campo para referirme a ambos casos, esta tiene según los casos diferentes alcances. En uno este campo sólo comprende las prácticas que corresponden a la mencionada corriente (la de los “Cultural Studies”), es decir es un campo relativamente restringido cuando se lo compara con el otro campo, el de las “Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder”.

En concordancia con lo anterior, en mi opinión, incluso si se deseara postular la existencia en América Latina de un campo al cual considerar comparable con el proyecto de “Cultural Studies”, la manera de hacerlo no sería incluyendo en él aquellas prácticas intelectuales que se apropian (creativamente o no) de las líneas de trabajo (y bibliografía) inicialmente generadas por los intelectuales del Centre for Cultural Studies de Birmingham, o por sus seguidores en ese país, Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. En todo caso, hacerlo de este modo equivaldría a imaginar que tal campo es simplemente una importación hecha desde una suerte de continente vacío, lo cual no haría más que reiterar actitudes colonizadas. En caso que, en cambio, se deseara postular la existencia de tal campo pero desde una perspectiva no-colonizada, entonces cabría incluir en el mismo todas aquellas prácticas intelectuales de carácter no-disciplinario, o transdisciplinario, que estudian y/o intervienen reflexivamente en asuntos de cultura y política/poder, y que lo hacen en relación a condiciones contextuales y coyunturales específicas, cualquiera sea su genealogía intelectual, y/o su historia institucional.

Breve digresión sobre lenguas, saberes, ignorancias y relaciones de poder

Hay un rasgo saliente de nuestra herencia colonial, o de nuestra situación postcolonial que, asumido con actitud descolonizadora o al menos crítica de la colonialidad, constituye una importante ventaja respecto de los colegas de las sociedades metropolitanas. Este es que habitualmente nos relacionamos tanto con lo que se produce en inglés como con lo que se produce en francés, y a veces también en otras lenguas europeas, particularmente alemán e italiano. Cosa que en general no han hecho nuestros colegas anglo y francoparlantes, excepto en las últimas dos décadas, en las cuales algunos pensadores franceses se han puesto de moda en Estados Unidos, particularmente en el ámbito de los Cultural Studies (Barthes, Foucault, Derrida, Lacan y otros). Creo que asumida con conciencia crítica esta multiplicidad de fuentes de nuestras tradiciones intelectuales es definitivamente una ventaja en la cual debemos trabajar deliberadamente. Si logramos mirar hacia “adentro”, a la vez que hacia los varios “afueras”, podremos desarrollar visiones más ricas e integradas. Pienso que en este sentido la idea de “antropofagia” propuesta por el intelectual brasileño Oswald de Andrade (1890-1954), sobre la que se abunda en uno de los textos de este mismo volumen (Ferreira de Almeida 2002) puede resultarnos estimulante. Sin embargo, para lograr esto es necesario reflexionar críticamente al respecto. Tal elaboración crítica debería dar cuenta de procesos históricos largos, en los cuales no podemos obviar la crítica de actitudes colonizadas en nuestras historias colectivas como pueblos y como comunidades intelectuales. Estos procesos y actitudes constituyen un tema demasiado extenso y complejo para poder tratarlo adecuadamente en estas páginas. En cambio, sí es posible abordar acá, al menos brevemente, algunos problemas asociados a la existencia de relaciones de poder y jerarquías entre la investigación y producción teórica en diferentes lenguas y países.

Comenzaré retomando una reflexión que ofrece Walter Mignolo tras narrar la importación de las ideas de Freud a Calcuta alrededor de 1920 por el Dr. Grindrashkar Bose, quien nació en Bengala en 1886 (Mignolo, 1997:9-10). Al respecto Mignolo sugestivamente comenta:

[...] lo que más nos interesa aquí no es la producción sino la subalternización de conocimientos [...]. De lo que se trata en última instancia en la exportación-importación de formas de conocimiento y de prácticas disciplinarias es de la subalternización lo cual, en el área del conocimiento, supone el borreo de las condiciones de emergencia de una práctica disciplinaria o de consumo y su adaptación o implantación en otras áreas geográficas con distintas memorias y necesidades (1997:12-13).

En otro texto suyo, Mignolo nos ofrece una observación conexas con la anterior. Allí afirma que “tanto la teoría como el pensamiento se ubican en lenguajes específicos y en historias locales” (1996:24) e insiste en que

la lengua en la cual se producen los conocimientos marca las posibilidades de diseminación de estos. Mignolo también sostiene que existen lo que él llama “complicidades entre lenguajes, colonialismo y culturas de estudios académicos” (1996:26) y apunta que “el español y el portugués son idiomas que se cayeron del carro de la modernidad y se convirtieron en idiomas subalternos de la academia” (1996:27).

En mi opinión el problema tiene dos dimensiones. Una es la utilización que hacen los académicos que producen en las lenguas dominantes (diría que cada día más esto se aplica especialmente al inglés) de los saberes que se producen en otras lenguas. La otra se refiere a la importación desde otras áreas lingüísticas de la producción intelectual en inglés. Me parece necesario enfatizar que en estas dos dimensiones participan individuos e instituciones de lado y lado, dicho esquemáticamente “del Norte” y “del Sur”. He examinado la utilización que hacen antropólogos y otros estudiosos de EEUU que se especializan en América Latina de la bibliografía que se produce en América Latina y que se publica en castellano y portugués. Al respecto he observado que salvo honrosas excepciones en la mayoría de los casos esta bibliografía es tomada como proveedora de información, es decir como discursos de “informantes” (por utilizar este cuestionable término tan fuertemente establecido en la antropología), pero que muy pocas veces esta producción es considerada por sus aportes teóricos, es decir como discursos de colegas. En estos textos la formulación teórica se hace en referencia a bibliografía producida en inglés (a veces también la producida en francés, sea directamente de esta o a través de traducciones). Mayormente, la bibliografía en español y portugués, cuando se utiliza, ocupa el lugar de proveedora de información, se usa como fuente de testimonios o puntos de vista de “locales”. En general a estos textos en castellano y portugués se les niega la posibilidad de aportar a la teoría.⁵

Yo no creo que en el caso que nos ocupa sería pertinente hablar de una relación de “subalternización”. Como lo argumentaba anteriormente en este mismo texto, me parece que podemos analogar el caso de la producción de ideas en los ámbitos de los “Latin American Cultural Studies” y de los “Estudios Culturales Latinoamericanos” a otros casos de producción transnacional de representaciones y otras producciones culturales que he estudiado específicamente con relación a representaciones de ideas ciudadanías, sociedad civil, identidad, etnicidad y raza a los que hacía referencia en páginas anteriores. Al respecto, refería que esos estudios me habían llevado a concluir que no necesariamente los actores que podríamos llamar “locales” adoptan sin más las representaciones que promueven los actores “globales”, pero sí que elaboran sus pro-

pias representaciones en el marco de relaciones transnacionales con ellos. Así, resulta que las representaciones que orientan las acciones de esos actores “locales” se relacionan de manera significativa, aunque de formas diversas, con las de los actores “globales”. Si bien en algunos casos esto implica la adopción de ciertas representaciones y de las orientaciones de acción asociadas a ellas, en otros significa crítica, rechazo o resistencia, en otros negociación, en otros apropiación creativa (para estudios de casos ver por ej.: Mato 1999, 2000a y 2001a).

Como ya argumentaba páginas atrás, algo análogo está ocurriendo con la producción transnacional de representaciones del campo que a nivel mundial se viene nombrando como “Cultural Studies”. Las voces que tienen mayor poder para establecer qué es y qué no es este campo, el sistema de inclusiones y exclusiones (de temas, enfoques, autores, etc.) son las que se expresan mediante publicaciones en inglés. Se ha venido configurando un canon que aunque se exprese en varios idiomas y luego incluso incorpore otras voces, resulta que básicamente se escribe en inglés, o que se escriba en el idioma que se escriba, de todos modos se produce en el contexto de las instituciones académicas de Estados Unidos, Inglaterra y Australia (entre las cuáles hay diferencias que no es posible comentar en este texto), el cual se legitima, disemina y reproduce a través de las respectivas industrias editoriales y mercados de estudios de postgrado. Como parte de estos procesos transnacionales, en América Latina podemos observar relaciones muy diversas con esto que ocurre en inglés o incluso en español pero el marco de universidades de los Estados Unidos. Algunas de ellas son simples importaciones, gestos de autosomisión irreflexiva, otras suponen negociaciones de sentido muy diversas con lo que ocurre en inglés, otras implican diversas formas de resistencia.

A mi modo de ver, en este sentido lo que ocurre puede verse de una manera más provechosa como la entrada en escena de representaciones de la idea de “Cultural Studies” a un campo más amplio, de carácter transdisciplinario y crítico que tiene una larga historia en América Latina, de allí precisamente las palabras de García Canclini, Martín Barbero, Sarlo y Ortíz a que hacía referencia páginas atrás.

Hacia la visibilización del campo de prácticas intelectuales en cultura y poder

Es importante destacar que la entrada en escena de representaciones de la idea de “Cultural Studies” en América Latina no ocurre en un territorio ni “virgen”, ni “deshabitado”, ni “bárbaro”, ni “sudesarrollado”. Me pa-

5. He expuesto ésto en una carta pública a los colegas de la Society for Latin American Anthropology (Anthropology Newsletter 1996) y en una carta conjunta con el colega Henry Dietz a los de la Latin American Studies Association (LASA Forum, 1998). También he argumentado más sobre este asunto e impulsado una respuesta crítica a través de un número especial de la revista *Identities* el cual incluyó un dossier sobre Chiapas (ver Mato 1996).

rece necesario evitar la reiteración compulsiva (no reflexionada) de los imaginarios del “descubrimiento”, la colonización y la modernización.

Una manera fructífera de evitar la repetición compulsiva de esos imaginarios es visualizar la existencia en América Latina de *un amplio campo de prácticas intelectuales en cultura y poder*, y hacerlo más visible. Este campo no sólo comprende a las prácticas que se desarrollan en medios universitarios y la producción de “estudios” que asumen la forma de publicaciones académicas, sino también otros tipos de prácticas que también poseen carácter reflexivo y analítico interpretativo que se despliegan por ejemplo en el marco de diversos movimientos sociales (por ej.: feminista, indígena, afrolatinoamericano, de derechos humanos, etc.), “las artes” (este texto no es apropiado para discutir esta denominación que adopto aquí sólo a los fines prácticos), e incluso en el de algunas organizaciones gubernamentales (de diversos niveles, municipales, provinciales, regionales, nacionales), sindicatos, organizaciones populares y una amplia variedad de organizaciones e iniciativas de diversos sectores de población. Estas “otras prácticas” en algunos casos suponen la producción de “estudios”, mientras que en otros se expresan a través de otras formas con componentes reflexivos, o de producción de conocimiento. Algunas suponen trabajo con diversos grupos de población en experiencias de autoconocimiento, fortalecimiento y organización, otras son de educación popular, otras se relacionan con los quehaceres de creadores en diversas artes. En fin, se trata de un espectro muy amplio de prácticas que no es posible nombrar exhaustivamente, sino sólo conceptualmente, y por eso apelo a la denominación genérica de *prácticas intelectuales en cultura y poder*.

Para ilustrar mejor la idea de “otras prácticas”, aquellas que no son sólo o propiamente “estudios”, más adelante en este mismo texto señalaré un conjunto numeroso pero necesariamente acotado de experiencias de este tipo. Algunas de ellas además son tratadas en los restantes textos incluidos en este volumen y en las publicaciones del Proyecto “Estudios y otras prácticas latinoamericanas en cultura y poder” (por ejemplo los textos en este mismo libro de Basile 2002, Dávalos 2002, El Achkar 2002, Ferreira de Almeida 2002, Illia García 2002, Jesús “Chucho” García 2002, Juhász 2002, Sant’Anna 2002, Tinker Salas y Valle 2002, Vargas 2002, Walsh y García 2002).

Sin embargo, es necesario destacar que este volumen no puede tomarse como indicativo de la vastedad y diversidad del campo, sino sólo de un esfuerzo por comenzar a “mapearlo”, y ello por dos razones. La primera de ellas está asociada precisamente esa gran vastedad y diversidad, de las cuales, en cualquier caso, no es posible dar cuenta en un volumen. La otra es que esta colección resulta inevitablemente sesgada debido a varios factores. Por un lado, debido a que el Proyecto que ha dado origen a este volumen se inició desde el ámbito universitario, y esto no sólo de manera general sino también más específica, es decir desde ciertas tradiciones intelectuales, y a partir de ciertas redes de trabajo y colaboración y no de

otras. Esto explica que independientemente de los esfuerzos realizados para lograr una cobertura más amplia del campo, no obstante resulta que muchos de los artículos incluidos refieren reiteradamente a las publicaciones de un grupo de autores relativamente reducido. En cambio, por ejemplo, no hay ningún artículo sobre las importantes contribuciones de Orlando Fals Borda (1986) y en general de quienes trabajan en la perspectiva conocida como Investigación Acción Participativa, como tampoco los hay sobre muchas otras tradiciones de trabajo de “dentro” y “fuera” de la academia. Por otro lado, este sesgo (y limitaciones) se deben también a que en general resulta muy difícil lograr que intelectuales que desarrollan sus prácticas “fuera” de la academia puedan hacerse del tiempo para escribir textos sobre sus experiencias de trabajo, o las de sus colegas. Esto, a su vez, se debe a varios factores, algunos de ellos se explican porque estas personas suelen tener otras prioridades, demandas y urgencias que atender; otros, complementarios, se explican porque para muchos de quienes desarrollan sus prácticas en esos otros ámbitos, este tipo de proyecto y publicación no constituye una prioridad. Esto último se relaciona, al menos en parte, con la división del trabajo intelectual establecida, la cual obviamente no afecta sólo a quienes están en la academia sino también a quienes están “fuera” de ella; o quizás responda a que este Proyecto no ha sido formulado de una manera que logre atraerlos en la cantidad y diversidad deseadas. No obstante, afortunadamente, hemos logrado concitar el interés y la participación de algunos intelectuales que no desarrollan sus prácticas “dentro” de la academia, sino más allá y/o “fuera” de ella, como por ejemplo en el movimiento feminista, o en el de derechos humanos.

Respecto de las que sí son estudios, o que al menos incluyen estudios, quizás un elemento característico de muchas de ellas es que las iniciativas de investigación no comienzan con la pregunta ¿Qué investigo? sino ¿Para qué investigo?, y también acerca de si investigo “sobre” ciertos actores o grupos sociales, o “con” esos actores o grupos sociales, al menos como proyecto y dependiendo de los actores. Estas dos últimas preguntas son de carácter ético y político, y ellas condicionan de entrada las preguntas de investigación, la aproximación epistemológica, la elaboración teórica y los planteos de método (ver Mato 1996, 1997, 2000b, 2001a y 2001b).

En cualquier caso, apuntar que resulta difícil identificar rasgos característicos de alcance general, justamente porque partimos de reconocer que estas prácticas (denominación inclusiva tanto de “estudios” como de “otras prácticas”), así como las formas de relación que pueden observarse entre ellas (incluyendo complementareidades y conflictos), responden a procesos históricos específicos de diversos contextos, tanto de dilatada trayectoria como más reciente. Estos procesos se vinculan en última instancia tanto con la historia larga de estas poblaciones humanas (incluyendo en esto procesos que se inician con la conquista, colonización, importación de esclavos afri-

canos, descolonización, colonialismo interno, etc.) como con procesos más recientes (los proyectos de “modernización”, el auge y declinación de las izquierdas latinoamericanas, las dictaduras militares, la “guerra fría” en diversos escenarios locales, los avances de los movimientos indígena, feminista, afrolatinoamericano, de derechos humanos, en las artes, etc.). En la mayoría de las sociedades latinoamericanas (también en otras, pero no son esas otras el referente de mi argumentación) este campo históricamente ha exhibido —y también en la actualidad muestra— vínculos entre lo que ocurre en las universidades y lo que ocurre fuera de ellas. Este campo, que es complejo y polifacético, raramente nombrado como tal pero reconocible, está siendo afectado por la entrada en escena de la producción transnacional de representaciones de la idea de “*Cultural Studie*” y su asociada “*Estudios Culturales Latinoamericanos*”. Por supuesto, siendo tan vasto el campo, la incidencia de la entrada en escena de esta denominación y manera de organizar, reagrupar y resignificar prácticas no tiene tanta importancia en todos sus ámbitos específicos, sino que la tiene especialmente en algunos. Por ahora la tiene particularmente en algunas universidades, sólo que en ellas se forman muchos de los intelectuales que simultánea o posteriormente actúan en otros espacios sociales.

En América Latina, importar esa denominación y el academicismo que la acompaña nos podría llevar a perder de vista la importancia para el campo que nos ocupa de las contribuciones de algunas importantes marcas genealógicas del campo, como por ejemplo las de Simón Rodríguez, José Martí, Fernando Ortíz, José Carlos Mariátegui, José María Arguedas y muchos otros (ver en este volumen Baptista 2002 y Ríos 2002), o los aportes más recientes de intelectuales como Paulo Freire (ver en este volumen El Achkar 2002), Anibal Quijano (ver en este volumen Pajuelo 2002), Orlando Fals Borda (1986) y otros que han mantenido y mantienen prácticas dentro y fuera de la academia y que por tanto no necesariamente hacen “estudios”. Pero además también nos podría llevar a perder de vista los aportes realizados desde de diversos movimientos teatrales y/o por creadores teatrales, como por ejemplo los casos de Augusto Boal y Olodum (ver en este volumen Sant’Anna 2002) o Eduardo Pavlovsky (1994), o los de movimientos e intelectuales indígenas y afrolatinoamericanos en casi todos los países de la región (ver en este volumen Dávalos 2002, Illia García 2002, Jesús “Chucho” García 2002, Walsh y García 2002), el movimiento feminista (en este volumen Vargas 2002), el movimiento de derechos humanos (ver en este volumen Basile 2002 y El Achkar 2002), diversos movimientos de expresiones musicales (la nueva canción, los rock críticos, etc.), el trabajo de numerosos humoristas gráficos (Quino, Rius, Zapata, y otros), el de cineastas (novo cinema brasileiro y otros), etc. Más adelante, señalaré algunos otros ejemplos de tipos de prácticas que pienso no podemos perder de vista al pensar en el amplio campo de las prácticas intelectuales en cultura y poder.

Por qué usar el adjetivo “latinoamericanas”

¿Qué sentido tiene calificar a un conjunto de “estudios y otras prácticas” como “*latinoamericanas*”? ¿En qué sentido/s esta marca podría resultar significativa para calificar a un conjunto de estudios y prácticas en cultura y poder? Me adelanto a advertir que el uso de esta expresión no responde a ningún tipo de posición esencialista, nacionalista, ni nada semejante. Por el contrario, esta calificación responde a diversos factores que pueden resultar significativos para interpretar estos estudios y prácticas.

Si este libro contuviera un conjunto de textos producidos en Estados Unidos, o quizás incluso en algunos países de Europa Occidental, seguramente no encontraríamos una indicación explícita de que ellos provienen de cierto/s contexto/s social/es específico/s. En tal caso el título del libro y de su introducción quizás sería simplemente: “*Estudios y otras prácticas intelectuales en cultura y poder*”. Mi experiencia de muchos años como lector de estos temas me lleva a concluir que demasiado frecuentemente quienes miran desde esos espacios del mundo suelen asumir sus miradas como universales. Sería tedioso y antipático ofrecer una lista de ejemplos: casi cualquiera podrá encontrarla con sólo recurrir a su memoria o pasar su mirada por los estantes de su biblioteca. Sin embargo, sucede que esas perspectivas están tan marcadas por los respectivos contextos institucionales y sociales de producción como los artículos de esta colección, sólo que esas marcas son otras. Frecuentemente, los intelectuales situados en esos contextos “metropolitanos” parecen asumir que lo que ocurre en sus propios espacios sociales es de algún modo representativo de lo que sucede (o tarde o temprano acabará sucediendo) en el resto del mundo. O, alternativamente, parecen asumir que sus interpretaciones acerca de lo que sucede en otras latitudes tienen valor universal, sin advertir que ellas necesariamente están marcadas por los contextos institucionales y sociales en los cuales desarrollan sus prácticas. Así, muchos de esos textos no resaltan sus marcas de lugar, ni ofrecen una reflexión sobre las peculiaridades de su lugar de enunciación, sobre el contexto institucional y social de producción de sus ideas, y sobre como estas condiciones contextuales condicionan (y limitan) sus ideas respecto del “mundo”.

Pienso que, en contraste, una característica de quienes pensamos el mundo desde espacios sociales no-metropolitanos es que, deseémoslo o no, es difícil no tener conciencia de que el mundo es amplio y diverso. O, cuanto menos, de que existen esos otros espacios sociales a los que a falta de mejor denominación vengo denominando “metropolitanos”, así como otros espacios “no-metropolitanos”, que no obstante son muy diferentes al propio, por ejemplo en Africa y Asia en particular, pero también en Europa y Oceanía. A partir de allí es bastante inmediato desarrollar una cierta conciencia de que nuestras interpretaciones son sólo “miradas”, o perspectivas parciales o específicas, y que en tanto tales están marcadas por el

lugar de enunciación (el cual desde luego no se define tan sólo por coordenadas geográficas, que son las únicas que por el momento estoy poniendo de relieve).

Acá puede resultar útil hacer una breve digresión a propósito de esta conciencia de que África y Asia también existen. Pienso que otro elemento distintivo es que, de unos u otros modos, quienes vemos el mundo desde localizaciones no-metropolitanas tenemos que enfrentar el desafío de pensar no sólo en circunstancias locales, sino también en cómo estas se relacionan con relaciones de poder que en diferentes momentos se han caracterizado como metropolís-colonias, países imperialistas-países dependientes, centro-periferia, etc. Este es un desafío teórico que también deberían afrontar nuestros colegas localizados en instituciones metropolitanas en relación con las dinámicas de sus contextos sociales e institucionales (y ello no simplemente por razones éticas o políticas, sino para mejorar sus formulaciones teóricas), pero que salvo contadas excepciones parecen ignorar. El caso es que las llamemos como las llamemos (y este asunto aunque no es un problema menor, no puedo tratarlo en este ensayo) la articulación de las relaciones de poder a escalas nacionales con las que se dan a escala mundial constituyen para nosotros un asunto ineludible como en general se reconoce en América Latina. Pero, la consideración de este tipo de articulaciones no sólo ha constituido un asunto ineludible en América Latina, sino también en otras áreas no-metropolitanas del mundo. Al menos, así pude observarlo recientemente en el congreso de la red “Inter Asia Cultural Studies”, realizado en Fukuoka (Japón) en diciembre de 2000, organizado por el colectivo de la revista *Inter Asia Cultural Studies*. En efecto, al analizar los temas tratados y debatidos en esa reunión, como al revisar los artículos publicados habitualmente en esa revista es posible derivar tres conclusiones. En primer lugar que pueden identificarse algunos temas en común con los tratados en el campo de cultura y poder en América Latina, como por ejemplo los relativos a relaciones “centro-periferia”; problemas derivados de la historia colonial; autoritarismo; militarismo; terrorismo de Estado; problemas asociados a los esquemas de “guerra fría” y “seguridad nacional”; derechos humanos; reformas neoliberales; democratización; movimiento obrero; entre otros. En segundo lugar que la mayoría de estos temas están ausentes en las revistas de “Cultural Studies” que se producen desde Estados Unidos e Inglaterra. En tercer lugar, que también se tratan otros temas que sí son comunes tanto con los tratados en el campo de cultura y poder en América Latina, como con los de publicaciones de “Cultural Studies” de Estados Unidos e Inglaterra, como por ejemplo los relativos a etnicidad; identidades; género; teoría y movimiento feminista; sexualidad; internet; “cultura popular”; “industrias culturales”; “consumo cultural”; políticas de museos; modernidad y posmodernidad; globalización; etc.

⁶ En otras palabras, una vez más, parece que los contextos marcan de unos u otros modos las producciones intelectuales. Y también, que hay ciertos temas que aparentemente sólo poseen interés (o resultan “visibles”) en contextos sociales no-metropolitanos, o esto al menos es lo que puede observarse en Asia y América Latina, lamentablemente no tengo referencias de lo que ocurre en este plano en África, o en otras regiones no-metropolitanas.

Otra peculiaridad de las miradas desde esta parte del globo —a la que usualmente llamamos “América Latina”— es que además éstas suelen expresar un interés no sólo por el espacio social inmediato (por ejemplo, la sociedad local o nacional de la cual forma parte el/la investigador/a en cuestión) sino, además, una preocupación por “América Latina”. Por supuesto, esta no es una constante, esta preocupación o interés varía de una localización geográfica, política e institucional a otra. En algunos casos debido al aislamiento relativo esta es menor, en otros es menor debido a tradiciones de ensimismamiento, en otras a la vastedad de algunas de las sociedades nacionales latinoamericanas (como la mexicana y la brasilera) o a la diferencia de lengua (la brasilera). Sin embargo incluso en esas sociedades nacionales solemos encontrar miradas abarcadoramente “latinoamericanas”. Es que esta preocupación o interés suele presentarse aún cuando se tenga conciencia de que este nombre no constituye una entidad “natural” sino una idea; una idea histórica, complicada y conflictiva, que esconde múltiples diversidades y exclusiones, de la cual hay diversas representaciones, pero aún así una idea claramente instalada en nuestras formas de conciencia.

A propósito me parece necesario recordar que, como sabemos, América Latina no es una entidad natural, ni tampoco un todo homogéneo. La consolidación de la idea de “América Latina” no ha estado desligada de las prácticas de la diplomacia francesa. Específicamente ha sido el intelectual francés Michel Chevalier quien hacia 1836 promovió la aplicación de la idea de “latinidad” a esta región del mundo (ver Ardao 1980). Pero además, y aún dejando de lado esta historia, es necesario poner de relieve que esta parte del globo es sumamente diversa en términos sociales, económicos, políticos y culturales, y que esta diversidad no sólo puede observarse entre países, sino también al interior de ellos, entre regiones, grupos sociales, y marcos institucionales (Mato, 1998a). Así, es necesario pensar que las prácticas comprendidas al interior del campo que vengo llamando “Estudios y Otras Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder” han de resultar sumamente diversas a lo largo y ancho de esa porción del continente americano que solemos llamar América Latina, e incluso al interior de las diversas sociedades nacionales. Pero aún así, es posible observar que, como afirmaba más arriba, las elaboraciones de la mayoría de los intelectuales “latinoamericanos”, además de referirse

6. Para una exposición más amplia acerca del encuentro de la red Inter-Asia Cultural Studies, y notas comparativas entre las prácticas de estos colegas y las que desarrollamos en América Latina ver Mato 2001c.

a los espacios locales o nacionales que constituyen el foco más específico de sus trabajos de investigación, suelen incluir reflexiones cuyo referente es “América Latina”, así en su conjunto.

A propósito de esta imagen de autoidentificación y en conexión con la idea de un campo “latinoamericano” en cultura y poder, me parece necesario hacer una digresión para aclarar a que aludo al decir intelectuales “latinoamericanos”. En primer lugar me refiero a quienes desarrollan(mos) sus(nuestras) prácticas en ese espacio del mundo que se despliega al sur de los Estados Unidos y que convencionalmente suele denominarse “América Latina”. No obstante, hay que reconocer que este contingente es muy numeroso y diverso y que entre quienes formamos parte de él hay quienes desarrollan sus vidas y sus prácticas en espacios marcadamente locales, quienes lo hacen en grandes ciudades muy vinculadas a circuitos internacionales, quienes hemos vivido en más de un país de la región, o incluso fuera de ella, quienes formamos parte de esa creciente legión de colegas que viajamos permanentemente dentro y fuera de la región (ver en este volumen Yúdice 2002), y quienes han estudiado en universidades metropolitanas pero han regresado a América Latina. Por otra parte, están también quienes habiendo nacido en este espacio han migrado fuera de él y por eso desarrollan sus vidas y sus prácticas en otros espacios del globo, pero continúan considerándose a sí mismos “latinoamericanos”. Obviamente, los casos de este segundo tipo están marcados también por su relación a distancia y por las especificidades de los marcos sociales e institucionales en los cuales estos latinoamericanos migrados producen sus interpretaciones. Pero esto no quita que muchas de estas personas también elaboren sobre América Latina como conjunto, y que lo hagan en formas que no sólo deben diferenciarse de las de quienes lo hacen/mos desde “adentro”, sino también de las elaboraciones de aquellos otros que antes que como “latinoamericanos” se autoidentifican como “latinoamericanistas”, y cuyas elaboraciones no sólo están marcadas por esos marcos institucionales y sociales extra-latinoamericanos, sino también por otras afiliaciones afectivas, y porque —al menos en términos prácticos— sus vidas personales y las de sus familiares no dependen en tan gran medida de lo que ocurra en las sociedades de la región, y ello independientemente de sus sensibilidades personales respecto de la región en su conjunto o de espacios específicos de ella (ver Mato 1996). Por otro lado, tenemos el caso de aquellos que no han migrado, sino que hoy hacen sus vidas en Estados Unidos porque los territorios de base de sus familias de origen de un modo u otro han sido anexados por Estados Unidos. Este es el caso en particular de las poblaciones mexicanas del antiguo norte de México, que a partir de 1848 se convierte en el sur de los Estados Unidos, quienes según los casos optan por autodenominarse mexicoamericanos, chicanos, o simplemente mexicanos. Del seno de estas poblaciones, como del de las que se combinan con ellas a través de migraciones relativamen-

te recientes, ha emergido y continúa emergiendo una intelectualidad sumamente activa y productiva, que de diferentes modos se ve desafiada y estimulada a dar cuenta de la “diferencia” y a encontrar modos de responder a los múltiples mecanismos de discriminación que afectan estas poblaciones (ver en este volumen Tinker y Valle 2002). Otro caso particular lo constituyen los intelectuales puertorriqueños, cuyo territorio de origen no fue propiamente anexado, sino “asociado” (según el vocabulario oficial) dando lugar a la profundización del movimiento migratorio entre la isla y los Estados Unidos, pero ahora en condiciones políticas, económicas y culturales, que como en el caso de los chicanos retan y estimulan permanentemente a esta intelectualidad a responder creativamente (ver en este volumen Juhász-Mininberg 2002). Mientras que prácticamente la totalidad de los intelectuales chicanos que publican escritos lo hacen en inglés, en el caso de los intelectuales puertorriqueños esto es más complejo. Los de la isla suelen hacerlo en castellano, y los que habitan en Estados Unidos tarde o temprano acaban haciéndolo en inglés. Ellos, como las poblaciones de las cuales emergen, son además una de las principales fuentes de producción del cada vez más conocido nuevo idioma, el “Spanglish”. A propósito del “Spanglish”, y como acotación final a las reflexiones sobre la producción de representaciones de la idea de “América Latina” en que he enmarcado las consideraciones precedentes, es necesario apuntar la creciente importancia que la denominación identitaria “Latinos” viene tomando no sólo entre poblaciones hispanoparlantes de Estados Unidos, sino también entre algunos grupos sociales (sobre todo de jóvenes) de las sociedades tradicionalmente llamadas “latinoamericanas”. Este texto no es el espacio apropiado para abundar al respecto, pero en relación con lo anterior es necesario señalar el asunto, así como apuntar la importancia al respecto de las industrias de la televisión, el disco y el entretenimiento, en combinación con los movimientos de población debidos a migraciones, anexiones y asociaciones antes mencionados (Mato 1998a).

De todos modos, dado que estamos hablando de formas de conciencia, estas generalizaciones esbozadas en el párrafo anterior deben tomarse sólo como tales. Es necesario entender que hay muchos casos particulares y, sobre todo, que no hay determinismos o determinaciones que permitan ubicar *a priori* a ningún caso particular. Tampoco el lugar de nacimiento o el marco social e institucional resultan determinantes, ni hacen a las prácticas “mejores” o “peores”, ni más o menos “auténticas”. Tales calificaciones no sólo son cuestionables en sí mismas, sino que además de nada nos sirven en esta elaboración. Pero lo que no podemos perder de vista es que los marcos sociales e institucionales condicionan, marcan, nuestras prácticas, aun cuando lo hagan de maneras diversas.

En todo caso, y para continuar con la argumentación del porqué resaltar la marca “latinoamericana” de estos estudios y otras prácticas, deseo enfatizar que calificarlos de este modo supone asumir también que estas

maneras de mirar —diversas pero en más de un sentido a la vez semejantes— provienen mayormente de contextos sociales entre los cuales es posible señalar algunas similitudes y conexiones, históricas y contemporáneas. Los vínculos entre las historias de estos contextos en muchos casos se remontan a períodos anteriores a la mera existencia del nombre “América Latina” y encuentran sus orígenes en las experiencias coloniales, y en los movimientos anticoloniales de principios del siglo XIX. Los presentes de estos contextos, también encuentran entre sí muchos rasgos semejantes, los cuales, cuando se toman en cuenta todos juntos, los diferencian a su vez de los de otras regiones del globo: marcas y diferenciaciones sociales semejantes aún vigentes dejadas por la experiencia colonial (incluido el “colonialismo interno”, y la existencia de —digamos— “mentalidades colonizadas”), lugares semejantes en los sistemas internacionales de división del trabajo y de relaciones de poder; procesos semejantes de “ajuste estructural” de inspiración neoliberal; formas de exclusión social semejantes; procesos semejantes de democratización tras experiencias dictatoriales, o más en general autoritarias, muchas tan recientes que todavía son presente; tradiciones autoritarias aun vigentes; y tantos otros rasgos que sería difícil enumerar en un párrafo sin caer en una retórica aburrida y superficial.

Esas historias y presentes tanto validan la idea de “América Latina” como nos obligan a asumir perspectivas críticas al respecto. Se trata de una tarea fértil a la cual estamos cada vez más acostumbrados, y que entre otras exigencias de método implica no asumir la idea de “América Latina” como si ésta designara un espacio social homogéneo y geográficamente delimitado. Sino, asumirla como una imagen o representación que refiere a un campo social pleno de diferencias, en constante transformación y sin límites espaciales precisos, en cuyo marco, obviamente, no podría esperarse que emerja una suerte de pensamiento común.

Así, la idea de “estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas” que aquí pretendo destacar sólo señala la conciencia de que estos estudios y otras prácticas intelectuales de un modo u otro están marcados por los contextos sociales en los cuales han sido producidos o se desarrollan, y que estos forman parte de esa región del mundo que convenimos en llamar “América Latina”. Y convenimos en llamarla así aun cuando —al menos algunos— tenemos conciencia de que alberga a numerosos y significativos grupos de población que poco o nada tienen de “latinos”, como por ejemplo los pueblos indígenas de la región, o los descendientes de los antiguos esclavos africanos, o los migrantes no-latinos provenientes de todo el globo pero en especial de algunos países de Europa, Asia y Oriente Medio. Y que incluso aún convenimos en llamarla así cuando —no pocos— tenemos conciencia de la existencia de grupos de población como los de los chicanos, o los de los puertorriqueños que habitan (o incluso han nacido) en Estados Unidos, o los de los muchos que han migrado a ese país, o a España, o a otros países.

Obviamente, resaltar la cualidad “latinoamericana” de estos estudios y otras prácticas intelectuales no agota toda marca significativa. Sólo destaca una característica, aunque ello no suponga la ignorancia de otras que también pueden ser relevantes.

Por qué no simplemente “estudios”, sino “estudios y otras prácticas intelectuales”

Antes de ocuparnos acerca de aquello que ocurre “afuera” o “afuera” y “adentro” de las universidades, me parece necesario abordar brevemente el asunto de la existencia de diferentes tradiciones disciplinarias que conviven tanto dentro del campo de los “Estudios y otras Prácticas Latinoamericanas en Cultura y Poder”, como dentro del de los “*Cultural Studies*”. Las prácticas en estos campos que vienen desarrollándose desde contextos universitarios en general procuran superar, o al menos revisar críticamente las tradiciones de trabajo de las diversas disciplinas académicas. Sin embargo, no puede omitirse que esto no es algo que se resuelve de la noche a la mañana y que, a pesar de todos los discursos críticos, estas no sólo no han dejado de existir, sino que de hecho todos hemos sido formados en alguna de ellas. Estos discursos disciplinarios constituyen —cuanto menos— parte de nuestras biografías, han contribuido a estructurar nuestros inconscientes, por eso nada podría ser peor, o más falsificador, que olvidarlo, que obviarlo, que oscurecerlo. Por eso, no debe sorprendernos la persistencia de los sistemas de preguntas, categorías y modos de investigación de las diferentes disciplinas, las cuales contribuyen a explicar distintas tradiciones al interior de esos grandes campos, y ello tanto en América Latina, como en otros espacios del globo. Esto es cada día más evidente en el ámbito de los “*Cultural Studies*”, en cuyo marco deberían conversar los trabajos que se realizan desde diferentes disciplinas de origen, pero que, sin embargo, no lo hacen, o al menos no tanto. Es fácil diferenciar entre, por ejemplo, los “*Cultural Studies*” que vienen de los estudios literarios y los que se originan en los estudios de comunicación. No obstante, más allá de la existencia de marcas disciplinarias, también ocurre que las teorías y éticas de las disciplinas no son mundialmente homogéneas, ni las rigideces disciplinarias son las mismas a lo largo y ancho del planeta.

Pero además, y asociadamente con lo anterior, hay otras diferencias que se relacionan con la diversidad de contextos sociales en los cuales las prácticas intelectuales y profesionales se desarrollan. Por un lado, tenemos diferencias en cuanto a los marcos institucionales de las disciplinas y del quehacer investigativo. Es decir: investigación sólo en universidades o también afuera; fuerza/importancia de los departamentos, publicaciones, y congresos para establecer cánones; políticas de asignación de fondos; diferentes formas en que hacen sus “carreras” los investigadores de Estados Unidos y los de diferentes

países de América Latina; tendencias hacia el trabajo más o menos disciplinariamente encuadrado, y/o hacia el trabajo transdisciplinario, en unos y otros contextos. Por el otro, tenemos diferencias que se relacionan con ser —digamos— intelectuales en América Latina o académicos (“scholars”) en Estados Unidos. Obviamente, en Estados Unidos también hay intelectuales (en el sentido que va más allá del frecuente encierro de los “académicos” en la vida universitaria y en los “campus universitarios”, los cuales en muchos casos constituyen suertes de islas dentro de espacios urbanos, o frecuentemente suburbanos), pero no podemos perder de vista que la bibliografía sancionada/reconocida como de Cultural Studies en inglés es producida mayormente por académicos (“scholars”) que salvo pocas excepciones no desarrollan prácticas fuera de las universidades, sino exclusivamente en ellas. Esto precisamente ha llevado a no pocos intelectuales y activistas de Estados Unidos a criticar a los “Cultural Studies”.

En cambio, tenemos que las prácticas de buena parte de los intelectuales latinoamericanos se desarrollan “fuera”, o al menos más allá, o “afuera” y “adentro”, del ámbito convencionalmente académico. Esta diversidad de articulaciones no sólo resulta significativa desde un punto de vista político, sino también por su poder para estimular desarrollos teóricos innovadores. Pues incide no sólo en la elección de temas, sino también en la reflexión ética y epistemológica que condiciona a las preguntas y modos de investigación o de producción de otros tipos de prácticas y discursos. Estos tipos de estímulos o de retos son los que subyacen o alimentan las contribuciones hechas por numerosos intelectuales latinoamericanos, como por ejemplo las tratadas en los artículos de esta colección. Entre otros, podemos destacar, por ejemplo, los retos para la investigación y para la elaboración teórica que implican el interés y/o la experiencia en la formulación de políticas culturales para los Estados y/o para diversos movimientos sociales (ver en este mismo volumen por ej.: Antonelli 2002, Basile 2002, Dávalos 2002, El Achkar 2002, Illia García 2002, Jesús “Chucho” García 2002, Maccioni 2002, Mignolo 2002, Ochoa Gautier 2002, Rosas Mantecón 2002, Vargas 2002, Walsh y García 2002, Wortman 2002, del Sarto 2002). O también los retos que produce el interés y/o experiencia de participar activamente en debates públicos y/o en el diseño de políticas para las artes y/o los medios y las llamadas “industrias culturales” (ver en este mismo volumen por ej.: Bermúdez 2002, Grimson y Varela 2002, Hernández 2002, Maccioni 2002, Rosas Mantecón 2002, Sant’Anna 2002, Del Sarto 2002, Sovik 2002, Wortman 2002). O, de maneras diversas, los retos relacionados con el compromiso, cuanto menos emocional y en ocasiones práctico, planteados por experiencias sociales difíciles de definir en pocas palabras pero en todo caso reminiscentes de colonialismo como las que deben afrontar los intelectuales puertorriqueños y chicanos (ver en este volumen por ej.: Juhász-Mininberg 2002, Tinker y Valle 2002), o, de otros modos los de casi cualquier país latinoamericano (Baptista 2002, Dávalos 2002, Ferreira de Ameidá 2002,

Illia García 2002, Jesús “Chucho” García 2002, Mignolo 2002, Pajuelo 2002, Walsh y García 2002).

Efectivamente, es común en diversos medios intelectuales latinoamericanos hacer explícitos los intereses de intervención en el diseño de políticas de diversos actores sociales, incluso pero no sólo de los gobiernos nacionales y sus agencias, sino también con una amplia diversidad de actores sociales, la cual incluye además organismos internacionales, así como organizaciones de derechos humanos, indígenas, afrolatinoamericanas, feministas, de educación popular, de animación sociocultural, y/o diversos movimientos sociales.

Debe destacarse que este tipo de interés e involucramiento no es una novedad en el ámbito latinoamericano. Por el contrario, este constituye una suerte de constante histórica, que se remonta a la época de los movimientos independentistas y de fundación de las nuevas repúblicas; así lo ilustran algunos de los estudios de este Proyecto (ver en este volumen por ej.: Ríos 2002, Yúdice 2002). En consecuencia, también lo ha sido la necesaria reflexión sobre el papel de la escritura y de los intelectuales de la cultura escrita, de la “ciudad letrada” (ver en este volumen Poblete 2002). Sin embargo, para no caer en idealizaciones, es necesario subrayar que este interés no sólo, o no siempre, ha obedecido a ciertas maneras de entender el trabajo intelectual, sino también a la relativa escasez de puestos de trabajo en las universidades, o a las dedicaciones parciales que éstas ofrecen como posibilidad, así como a las bajas remuneraciones pagadas por estas que fuerzan a no pocos intelectuales a buscar actividades económicamente complementarias.

El caso es que en las sociedades “metropolitanas” buena parte de quienes se dedican a las así llamadas Humanidades y Ciencias Sociales desarrollan sus prácticas casi exclusivamente en ámbitos académicos y viven de su trabajo, y así, cabe llamarlos “académicos”. En cambio, en América Latina sucede que es menos frecuente que quienes nos dedicamos a estos campos limitemos nuestras prácticas exclusivamente al ámbito académico. Y esta es precisamente una de las razones por las cuales en nuestro medio es más frecuente autoidentificarnos como “intelectuales” que como “académicos”. Y como consecuencia de esto y de los regímenes autoritarios que han gobernado a los países de la región, también resulta que en lugar de vivir de sus (nuestros) trabajos, muchos intelectuales han sido muertos debido a su trabajo, otros han estado en prisión, otros hemos tenido que migrar o exiliarnos. Estos tipos de circunstancias marcan de diferentes formas la producción de la mayoría de los intelectuales latinoamericanos.

Si procuramos definir el campo, ya no —como es consciente o inconscientemente usual— en relación o con referencia a los “Cultural Studies” que se hacen en inglés, sino a las experiencias históricas en América Latina (incluyendo las contemporáneas), parece necesario comenzar por cuestionar la naturalización de la palabra “Estudios”, al menos como excluyente, para abrir lugar a la idea de “Otras Prácticas Intelectuales en Cultura y Po-

der”. ¿De cuáles prácticas? ¿De todas? La idea de “prácticas intelectuales” incluye a la idea de “estudios”. Realizar “estudios” constituye un cierto tipo de práctica intelectual. Pero la idea de “estudios” no agota el campo de posibilidades de la de “Prácticas Intelectuales”, también hay “otros” tipos de prácticas intelectuales. No hay oposición entre las ideas de “estudios” y las de “otras prácticas intelectuales”. Ahora bien, es necesario puntualizar que la reflexión ofrecida en este texto, como la que ha dado lugar al Proyecto del cual surge el presente volumen no tiene como referencia todos los tipos de “estudios”, ni tampoco todos los tipos de “otras prácticas intelectuales”, sino aquellos que de manera sintética podemos nombrar como “en cultura y poder”.

Así, el campo que propongo hacer más visible incluye “estudios”, como por ejemplo los que publican autores como Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, Nelly Richard, Beatriz Sarlo, Silviano Santiago, cuyos nombres son ya paradigmáticos al hablar de “estudios culturales latinoamericanos”, y también los de otros autores menos conocidos pero cuyos trabajos muestran algunas continuidades con los de estos autores (a modo meramente indicativo ver en este volumen por ej.: Antonelli 2002, Bermúdez 2002, Grimson y Varela 2002, Hernández 2002, Maccioni 2002, Rosas Mantecón 2002, del Sarto 2002, Sovik 2002, Sunkel 2002, Wortman 2002). Aunque, de todos modos, conviene destacar que la mayoría de los nombrados no sólo escriben libros, sino que a través de diversos mecanismos e iniciativas se involucran en la formulación de políticas culturales (ver Antonelli 2002, Ochoa Gautier 2002). También incluye los “estudios” hechos por otros colegas que aunque muy conocidos por otros públicos, hasta el momento han resultado menos “visibles”, sino “invisibles”, desde la idea de “estudios culturales”, pero que se hacen “visibles” al pensar en términos de “cultura y poder”, como por ejemplo los de Lourdes Arizpe, Roger Bartra, Guillermo Bonfil Batalla, Adolfo Colombes, Manuel Moreno Fraginals, Elizabeth Jelin (ver Antonelli 2002), Anibal Quijano (ver Pajuelo 2002), Rodolfo Stavenhagen, y muchos otros. Y desde luego también incluye las prácticas de numerosos creadores literarios y ensayistas, así como de proyectos editoriales, ya conocidos como por ejemplo Carlos Monsivais, Eduardo Galeano y revistas como la argentina *Crisis* fundada por Galeano, entre muchas otras.

Sin embargo, por todo lo expuesto, el campo no se limita a la producción de escritos, a lo que hacemos dentro de los márgenes de “la ciudad letrada” (Rama 1985, Poblete 2002), sino que incluye más. Incluye otras prácticas que están ahí y habitualmente no logramos ver, y que por lo mismo debemos hacer más “visibles”. Me refiero, por ejemplo, a las que desarrollan muchos intelectuales fuera de la academia que aunque también tienen carácter analítico interpretativo están orientadas a la acción, acompañando o apoyando a diversos actores sociales, y también otras que su sólo enunciado desestabiliza un tanto los estereotipos que manejamos de qué es y qué

no es un “intelectual”. Como decía páginas atrás es imposible nombrar todo el campo en su vastedad, diversidad y dinamismos, por lo que aceptando a priori la imposibilidad de ser exhaustivo, puede ser útil añadir a los anteriores algunos otros ejemplos ilustrativos de a qué tipos de prácticas que van más allá de la academia, o que tienen lugar totalmente fuera de ella estoy aludiendo. Aludo por ejemplo a las de Mariátegui y Arguedas (ver Baptista 2002), Paulo Freire (1970, 1973) (ver Basile 2002, El Achkar 2002) y Orlando Fals Borda (1986) (sobre cuyas prácticas no fue posible conseguir un artículo para esta colección), y a las de numerosos intelectuales latinoamericanos que han mantenido y mantienen prácticas dentro y fuera de la academia y que por tanto no necesariamente, o no siempre ni sólo, hacen “estudios”. Pero además, también a las de diversos movimientos teatrales y sus teóricos activistas, como por ejemplo Augusto Boal (1980) y el Grupo Olodum (ver Sant’Anna 2002), Eduardo Pavlovsky (1994) y otros; o la del movimiento zapatista en México con su magistral manejo de lo simbólico; los movimientos e intelectuales indígenas en casi todos los países de la región, pero particularmente en Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia y Guatemala, y algunas de sus figuras públicas del peso de Rigoberta Menchú y Luís Macas (ver Dávalos 2002); el movimiento afrolatinoamericano, con su diversidad de intelectuales y organizaciones (ver Illia García 2002, Jesús “Chucho” García 2002, Walsh y García 2002); el movimiento feminista y sus intelectuales no sólo en la academia (ver Vargas 2002); el movimiento de derechos humanos; el de víctimas y familiares de víctimas de la represión (El Achkar 2002); diversos movimientos organizados en torno a expresiones musicales (la nueva canción, los rock críticos, etc.); movimientos de artistas visuales que frecuentemente trascienden este adjetivo (por ejemplo la Nueva Escena en Chile); el trabajo de numerosos humoristas gráficos (Quino, Rius, Zapata, y otros), el de cineastas (novo cinema brasilero y otros); experiencias en proceso de diversos tipos alternativos de universidades, como la Intercultural de los Pueblos Indígenas, en Ecuador (ver Dávalos 2002) y la de las Madres de la Plaza de Mayo, en Argentina (ver Basile 2002), experiencias en educación popular y animación sociocultural, etc.

Para continuar conversando

Este texto, que además expresa los argumentos y motivos que han dado origen al Proyecto Cultura y Poder y así también a este libro, responde al interés de intervenir consciente y críticamente en algunos procesos en marcha en las universidades y algunos otros ámbitos de prácticas intelectuales. En particular me preocupa y me interesa intervenir en los procesos de (des)legitimación (y consecuente exclusión) comentados en páginas anteriores. Me refiero por un lado a la deslegitimación academicista de algunas prácticas intelectuales no-académicas. La cual las ex-

cluye de mayor valoración y cuidadosa articulación y aprovechamiento en los estudios universitarios. Por otro lado ese mismo academicismo acaba por afectar la pertinencia y legitimidad social de la formación y prácticas universitarias, así como por excluir de su campo de posibilidades valiosas oportunidades de intercambio, aprendizaje y participación en algunas dinámicas sociales.

Pienso que una manera potencialmente efectiva de contribuir a revertir esos procesos de (des)legitimación y exclusión pasa por cuestionar el “sentido común” resultante de la hegemonía que la institucionalidad académica y las industrias editoriales han venido ejerciendo sobre la representación de la idea de “intelectual”, así como poner de relieve la existencia e importancia de la amplia diversidad de formas que asumen las “prácticas intelectuales”, es decir aquello que los intelectuales hacen/mos.

En lo que hace en particular al campo de las Prácticas Intelectuales en “Cultura y Poder”, la reciente y creciente institucionalización de la idea de “Estudios Culturales Latinoamericanos” plantea peligros, retos y oportunidades que me han hecho pensar que resultaba (y resulta) necesario e importante revisar críticamente esta idea. Centro esta crítica fundamentalmente en el uso descontextualizado y descontextualizante en América Latina de la idea de “Cultural Studies”, la cual, no puede obviarse, está ineludiblemente asociada a los contextos sociales e institucionales en los cuales se ha originado, crecido y establecido. Algunos comentarios recibidos tras presentaciones orales de estas ideas me han llevado a la conclusión de que es necesario aclarar de forma explícita que esta crítica no responde a ningún tipo de sentimiento xenófobo, sino exclusivamente a problemas derivados de la apropiación descontextualizada de la idea originalmente producida en inglés. Esta importación descontextualizada acaba por empobrecer el impulso crítico que esa propuesta intelectual tuvo originalmente en su medio, y acaba por convertirla en una tendencia académica más. Sólo que, además en una tendencia frecuentemente academicista, que para peor se engalana con una retórica de cultura y política. Y es precisamente esta retórica pretenciosa y sin consecuencias prácticas lo que me preocupa y motiva en parte mis argumentos.

La puesta en contexto (latinoamericano) de esa propuesta permite precisamente argumentar, entre otras cosas, acerca de las limitaciones tanto de las prácticas académicas disciplinariamente encuadradas, como de la idea de “estudios”. Esto además ayuda a visibilizar y valorar un conjunto más amplio de “prácticas intelectuales” que exhiben rica historia y presente en América Latina, y que se caracterizan por poner en cuestión no sólo las fronteras disciplinarias, sino incluso las fronteras entre las prácticas encuadradas dentro de las disciplinas académicas y las que las trascienden o se desarrollan en otros contextos institucionales.

Frente al acelerado proceso de institucionalización de los así llamados “Estudios Culturales Latinoamericana-

nos” me parece necesario evitar que esta se convierta en una nueva experiencia de auto-subordinación, la cual en este caso afectaría particularmente al campo de Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder. Sin embargo, más allá de intentar conjurar ese peligro, me parece provechoso tomar ese proceso de institucionalización como un reto y una oportunidad. Una oportunidad para reflexionar acerca de nuestras prácticas, y acerca de las relaciones entre nuestras prácticas y los contextos en que vivimos y con los de colegas y potenciales aliados de otras latitudes. Un reto y una oportunidad para procurar visibilizar más claramente el campo de Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder que desde tiempo atrás (para algunos desde el siglo XIX) hemos venido construyendo en América Latina, y que encuentra correspondencias e intersecciones en otras regiones del globo. En algunas regiones del mundo esos correspondientes nuestros hablan inglés, algunos de ellos se autoidentifican con la idea de “Cultural Studies”, otros se autoidentifican de otras formas, pero cruces significativos entre las ideas de “cultura”, “política” y “poder” caracterizan sus prácticas. En otras regiones hablan otras lenguas y se autoidentifican a través de diversas denominaciones. Sabemos que un campo de Prácticas Intelectuales no es una teoría, ni una corriente, ni una escuela; y también que como todo campo de prácticas sociales es diverso y que en él palpitan disputas y tienen lugar conflictos. Esto no debe desalentarnos, sino al contrario estimularnos a explorar esas diferencias y a aprender de ellas.

Frente a la creciente institucionalización de los “Cultural Studies”, y con ellos de los así llamados “Latin American Cultural Studies” en los países de habla inglesa, pienso que no es válido traducir de manera literal y descontextualizada la denominación en inglés, y así, hablar de “Estudios Culturales Latinoamericanos”. “Traducir” de tal manera, puede conducir, y en ocasiones conduce, sea de manera consciente o no, a adoptar: la idea y el sistema de intereses de investigación, métodos, bases epistemológicas y referencias de autores y obras “fundadoras”, a los cuales buscarles similitudes directas en América Latina. “Traducir” la idea de tal manera descontextualizada puede conducir, y en ocasiones conduce, a “descubrir” entre nosotros a unos pocos autores “elegibles”, para, junto a sus obras, colocar las de quienes más recientemente han adoptado como referencias canónicas lo que se hace en inglés. “Traducir” de esa forma, puede conducir, y en ocasiones conduce, a que sea con esta imagen del campo en mente que nos preguntemos quiénes han sido nuestros predecesores en América Latina, y que así construyamos una representación de un campo de prácticas intelectuales, o simplemente académicas, que no sería sino una versión adjetivada de los “*Cultural Studies*” que se hacen en inglés; que son de los que en definitiva proviene esa “*marca registrada*”. Los cuales, además, mediante esta misma operación ven confirmada su centralidad, su condición metropolitana.

A mí me parece que esa versión adjetivada georegionalmente no puede ser sino un espejo deformado de las propuestas de los “*Cultural Studies*” que se hacen en

inglés y de los “*Latin American Cultural Studies*” que surgen como combinación de los “*Cultural Studies*” con la tradición de los “*Latin American Studies*”.

No propongo adoptar una posición esencialista, aislacionista, ni folklorizante. No, no se trata de eso. Al contrario, propongo una posición abierta, de diálogo e intercambios transnacionales. Propongo que veamos al proceso de institucionalización de los “*Cultural Studies*” que se hacen en inglés sin vocación de autosubordinación, sino simplemente con consciencia de contexto, de diferencia, de relaciones de poder, con actitud crítica y mirada transdisciplinaria. Así, podríamos ver cómo (ver las formas en las cuáles) la institucionalización de ese movimiento puede constituirse para nosotros en una oportunidad de intercambios intelectuales y construcción de alianzas para impulsar renovaciones de interés en el ámbito de las universidades y sociedades latinoamericanas, y que a nuestra vez también podemos brindarle a ese movimiento propuestas renovadoras. Pienso que antes que traducir descotextualizadamente la idea de “*Cultural Studies*” resulta epistemológica, ética y políticamente más fructífero mirar a nuestro alrededor más inmediato y encontrar las maneras de nombrar todo eso que en términos de *cultura* y *poder* está pasando —y que viene pasando desde hace ya mucho tiempo— de hacerlo más visible y aprender de y con esas otras experiencias cercanas.

Nombrar instituye, y al instituir se generan mecanismos de producción, circulación, control y delimitación de los discursos (Foucault, 1980), y de las prácticas, claro, y con ellos también sistemas de legitimación y reconocimiento. Es por eso que insisto en nombrar a este campo, dinámico, en movimiento, y sin límites precisos: “*Estudios y Otras Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder*”, usando o no, según los casos la acotación georegional “*Latinoamericanas*”.

Así, la perspectiva que propongo está orientada a hacer posible la visibilización de un campo de prácticas intelectuales más amplio que el habitualmente referido con las ideas de “*Cultural Studies*” y de “*Estudios Culturales*”. Un campo que es transdisciplinario, crítico, orientado a la intervención y contextualmente referido. Particularmente por esto último refiero mi argumentación a América Latina y no a lo que ocurre en inglés. No obstante, tanto por lo argumentado en páginas anteriores respecto de los diálogos transnacionales en que participamos, los cuales creo deseable profundizar, como por lo ya comentado sobre lo observado en Asia, pienso que la perspectiva propuesta debe verse a escala mundial, y así hablar simplemente del “*Campo de Estudios y Otras Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder*”, sin adjetivos regionales, excepto cuando se necesario precisar en tal sentido.

El planteo de que este tipo de prácticas intelectuales ya existían, y existen, y tienen dinámicas propias en América Latina —las cuales responden a factores propios de esta parte del mundo— no supone la ausencia de vínculos con lo que ocurre en Europa, Estados Unidos, y

también en Asia y África (en ciertos períodos históricos), y además, de ninguna manera responde a una invocación de “esencialismo” latinoamericano. De lo que se trata es de comprender que existen desde hace tiempo líneas/tradiciones de trabajo que trascienden/atraviesan las fronteras disciplinarias y que tienen aproximaciones políticas a lo cultural y culturales a lo político y ello con objetivos y/o prácticas efectivas de intervención, para valorarlas, para revisarlas, para profundizarlas, para aprovecharlas. Citando nuevamente a J. Martín Barbero “América Latina no se incorpora a los estudios culturales cuando se pusieron de moda como etiqueta, sino que tienen una historia muy distinta” (1997:53). Y esto de la “historia muy distinta” remite en otras palabras a marcos institucionales diferentes y como parte de historias sociales, políticas e intelectuales diferentes.

Lejos de proponer este planteo como una forma de cerrarnos al diálogo, pienso que es potencialmente muy provechoso establecer diálogos transnacionales con nuestros colegas de habla inglesa (y también de otras hablas). Tenemos mucho que aprender, mutuamente, unos de los otros. Tenemos muchas posibilidades de colaborar unos con los otros. Compartimos la actitud crítica, la tendencia a trabajar transdisciplinariamente, el interés en intervenir en las dinámicas sociales, y una visión política de lo cultural y cultural de lo político. Pero para ello es necesario estar claros acerca de dónde estamos parados, de lo específico de los contextos y de los procesos en que participamos, de hacia dónde queremos ir.

Pienso que la reflexión y debate acerca de lo específico de los contextos y de los procesos en que participamos, y de hacia dónde queremos ir nos lleva necesariamente a revisar las relaciones que nuestras universidades sostienen con diversos sectores sociales. La visibilización y análisis del campo de Prácticas Intelectuales en Cultura y Poder (que incluye “Estudios” pero no se agota en ellos) puede resultarnos útil no sólo para revisar esas relaciones, sino también los contenidos y modos de enseñanza-aprendizaje institucionalmente sancionados en los estudios sociales y humanísticos de la mayoría de las universidades latinoamericanas más reconocidas. Además, como sabemos, ya hay otros modelos de universidades y otros modos de enseñanza-aprendizaje actualmente en desarrollo en universidades más pequeñas, más nuevas, más locales, y a veces de carácter marcadamente innovador como dos de los analizados por sendos artículos en este volumen, la Intercultural de los Pueblos Indígenas del Ecuador (Dávalos 2002) y la de las Madres de la Plaza de Mayo (Basile 2002). De esas experiencias también pueden surgir sugerentes vías para articular tres ámbitos de la vida universitaria que frecuentemente suelen estar institucionalmente separados y rara vez integrados en las universidades latinoamericanas más grandes y reconocidas: docencia, investigación y extensión. En este sentido, pienso que es necesario articular formas en las cuales los contenidos y formas de la docencia y extensión se beneficien más

abiertamente de lo que muchos de nosotros hemos logrado avanzar tanto en nuestras perspectivas de investigación (transdisciplinarias e innovadoras en más de un sentido), como en nuestras relaciones con actores sociales extra académicos.⁷

Referencias bibliográficas

- Antonelli, Mirta (2002) “La intervención del intelectual como axiomática”. En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 49-58.
- Ardao, Arturo (1980) *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- Baptista, Selma (2002) “A construção cultural e política da etnicidade no Peru: José Carlos Mariátegui, José Maria Arguedas e Rodrigo Montoya”. En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 59-66.
- Basile, Teresa (2002) “La Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo: emergencia de nuevas prácticas en cultura y poder en la Argentina de la posdictadura”. En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 67-78.
- Bermúdez, Emilia (2002) “Procesos de Globalización e Identidades. Entre espantos, demonios y espejismos. Rupturas y conjuros para lo ‘propio’ y lo ‘ajeno’”. En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 79-88.
- Bourdieu, Pierre 1990 (1980) *The Logic of Practice*. Stanford: Stanford University Press. Original: *Le Sens Pratique*. Traducido por: Richard Nice.
- Boal, Augusto (1980) *Teatro del oprimido*. México: Ed. Nueva Imagen, 2 tomos.
- Burgin, Victor (1990) *Cultural Studies in Britain: ‘Two Paradigms’*. Center for Cultural Studies, University of California-Santa Cruz. *Newsletter*, Spring 1990: 4-7.
- Dávalos, Pablo (2002) “Movimiento indígena ecuatoriano: Construcción política y epistémico”. En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 89-98.
- Del Sarto, Ana (2002) “La sociología y la crítica cultural en Santiago de Chile. Intermezzo dialógico: de límites e interinfluencias”. En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 99-100.
-
7. La publicación de este volumen colectivo responde precisamente al interés compartido por reflexionar sobre las características e importancia de este campo en América Latina, así como por hacerlo más visible. En el marco de este interés esta publicación no es más que el resultado de un momento de un proyecto iniciado hace ya unos cinco años, es decir de un proceso. Este proceso no sólo ha hecho posible la preparación de este libro, sino que además ha dado lugar a la construcción de diversos espacios de intercambio y debate, tanto vía el Grupo de Trabajo de CLACSO que, de este modo, incluso adoptó la denominación de “Cultura y Poder”, como en diversos simposios y seminarios. Ahora, con esta publicación se abre un nuevo período de este proceso, en el cual estas reflexiones circularán no sólo a través del medio impreso y las presentaciones orales, sino también a través de la página de Internet que hemos creado a tal efecto (www.globalcult.org.ve), la cual permitirá conocer opiniones sobre lo expuesto e ideas acerca de cuáles otras prácticas incluir en futuras publicaciones, así como la posibilidad de abrir foros de discusión. En vista de las nuevas posibilidades de circulación de estas reflexiones es necesario reiterar acá lo que ya he advertido páginas atrás: Este volumen no es, ni puede tomarse como, indicativo de la vastedad y diversidad del campo, es sólo un esfuerzo por comenzar a “mapearlo”, y ello por dos razones. La primera de ellas está asociada precisamente a esa gran vastedad y diversidad, de las cuales, en cualquier caso, no es posible dar cuenta en un volumen. La otra es que esta colección resulta inevitablemente sesgada debido a varios factores. Por un lado, debido a que el Proyecto que ha dado origen a este volumen se inició desde el ámbito universitario, y esto no sólo de manera general sino también más específica, es decir desde ciertas tradiciones intelectuales, y a partir de ciertas redes de trabajo y colaboración y no de otras, e incluso a partir de un texto mío que expresaba de manera condensada las ideas expuestas más ampliamente en este artículo. Esto explica que, independientemente de los esfuerzos realizados para lograr una cobertura más amplia del campo, muchos de los artículos incluidos refieren reiteradamente a las publicaciones de un grupo de autores relativamente reducido. En cambio, por ejemplo, no hay ningún artículo sobre las importantes contribuciones de Orlando Fals Borda (1986) y en general de quienes trabajan en la perspectiva conocida como Investigación Acción Participativa, como tampoco los hay sobre muchas otras tradiciones de trabajo de “dentro” y “fuera” de la academia. Por otro lado, también resulta sesgada (y limitada) debido a que en general resulta muy difícil lograr que intelectuales que desarrollan sus prácticas “fuera” de la academia puedan hacerse del tiempo para escribir textos sobre sus experiencias de trabajo, o las de sus colegas. Esto se debe, a su vez, a varios factores, algunos de ellos se explican porque estas personas suelen tener otras prioridades, demandas y urgencias que atender; otros, complementarios, se explican porque para muchos de quienes desarrollan sus prácticas en esos otros ámbitos, este tipo de proyecto y publicación no constituye una prioridad. Esto último se relaciona, al menos en parte, con la división del trabajo intelectual establecida, la cual obviamente no afecta sólo a quienes están en la academia sino también a quienes están “fuera” de ella (o quizás responda a que este Proyecto no ha sido formulado de una manera que logre atraerlos en la cantidad y diversidad deseadas). No obstante, afortunadamente, hemos logrado concitar el interés y la participación de algunos intelectuales que no desarrollan sus prácticas “dentro” de la academia, sino más allá y/o “fuera” de ella, como por ejemplo en el movimiento feminista, o en el de derechos humanos.

- El Achkar, Soraya (2002) "Una mirada a la educación en derechos humanos desde el pensamiento de Paulo Freire: Prácticas de intervención político cultural". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 111-120.
- Fals Borda, Orlando (1986) *Conocimiento y Poder Popular*. Bogotá: Siglo XXI.
- Ferreira, Maria Cândida (2002) " 'Só a antropofagia nos une' ". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 121-132.
- Foucault, Michel (1970) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Freire, Paulo (1970) *Pedagogía del Oprimido*. México: Siglo XXI.
- _____ (1993) *Pedagogía de la Esperanza*. México: Siglo XXI.
- García, Illia (2002) "Representaciones de identidad y organizaciones sociales afrovenezolanas". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 133-144.
- García, Jesús "Chucho" (2002) "Encuentro y desencuentros de los 'Saberes'. En torno a la africanía 'latinoamericana' ". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 145-152.
- García Canclini, Néstor (1991) "Los estudios culturales de los 80 a los 90: perspectivas antropológicas y sociológicas". *Punto de Vista* 14(40):41-48. Reimpreso en: García Canclini, Néstor 1996 "Cultural Studies Questionnaire". *Journal of Latin American Cultural Studies*, 5(1): 83-87.
- _____ comp. (1995) *Cultura y Pospolítica*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. pp:17-38.
- Grimson, Alejandro y Mirta Varela (2002) "Culturas populares, recepción y política. Genealogías de los estudios de comunicación y cultura en la Argentina". En: Daniel Mato (coord.) *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 153-166.
- Grossberg, Lawrence (1993) *Cultural Studies: What's in a Name?* B. Aubrey Fisher Memorial Lecture, University of Utah.
- Grossberg, Lawrence (1998) "The Cultural Studies Crossroads Blues". *European Journal of Cultural Studies* 1(1): 65-82
- Hall, Stuart (1996) "Cultural Studies and its Theoretical Legacies". En: David Morley y Kuan Hsing Chen (eds.): *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*. Londres: Routledge.
- Hoggart, Richard (1958) *The Uses of Literacy*. London: Penguin.
- Hernández, Carmen (2002) "Más allá de la exotización y la sociologización del arte latinoamericano". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 167-176.
- Juhász-Mininberg, Emeshe (2002) "'Ninguna de las anteriores': (dis)continuidades conceptuales sobre identidad nacional en el caso de Puerto Rico". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 177-188.
- Maccioni, Laura (2002) "Valoración de la democracia y resignificación de 'política' y 'cultura': sobre las políticas culturales como metapolíticas". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 189-200.
- Mato, Daniel (1995) *Crítica de la Modernidad, Globalización, y Construcción de Identidades*, Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- _____ (1996) "The Indigenous Uprising in Chiapas: The Politics of Institutionalized Knowledge and Mexican Perspectives". *Identities* 3(1-2): 205-218.
- _____ (1997) "Culturas Indígenas y Populares en Tiempos de Globalización". *Nueva Sociedad*, Nro. 149:100-113. (mayo-junio).
- _____ (1998a) "On the Making of Transnational Identities in the Age of Globalization: The U.S. Latino/ o- 'Latin' American Case". *Cultural Studies* Vol 12(4):598-620.
- _____ (1998b) "Remarks on New Approaches to Area Studies". Ponencia presentada en la sesión especial "New Approaches to Area Studies" en el XXI International Congress de la Latin American Studies Association (LASA), Chicago, 24-27/09/98.
- _____ (1999) "Globalización, Representaciones Sociales y Transformaciones Sociopolíticas". *Nueva Sociedad* Nro. 163: 152-163. (septiembre-octubre).
- _____ (2000a) "Transnational Networking and the Social Production of Representations of Identities by Indigenous Peoples' Organizations of Latin America". *International Sociology* 15(2): 343-360.
- _____ (2000b) "Not 'Studying the Subaltern,' but Studying *with* 'Subaltern' Social Groups the Global-Local Articulations of Power". *Nepantla-Views from South* 1(2).
- _____ (2001a) "Producción transnacional de representaciones sociales y transformaciones sociales en tiempos de globalización". En: Daniel Mato (comp.): *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). pp:127-159.

- _____ (2001b) "Des-fetichizar la 'globalización': basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones, mostrar la complejidad y las prácticas de los actores". En: Daniel Mato (comp.): *Estudios Latinoamericanos sobre Cultura y Transformaciones Sociales en Tiempos de Globalización-2*. Caracas y Buenos Aires: UNESCO y CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales). pp:147-178.
- _____ (2001c) "The 2000 Inter-Asia Cultural Studies Conference". *The Journal of Inter-Asia Cultural Studies* (Routledge) 2(2), en prensa.
- Martín Barbero, Jesús (1997) "Nosotros habíamos hecho estudios culturales mucho antes que esta etiqueta apareciera". Entrevista a Jesús Martín-Barbero. *Dissens* N°3:47-53.
- Mignolo, Walter (1996) "Los estudios subalternos son posmodernos o poscoloniales?: la política y las sensibilidades de las ubicaciones geográficas". *Casa de las Américas* 204:20-39.
- _____ (1997) "Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas: la ratio entre la localización geográfica y la subalternización de conocimientos". *Dissens* Nro3:1-18.
- _____ (2002) "El potencial epistemológico de la historia oral: Algunas contribuciones de Silvia Rivera Cusicanqui". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 201-212.
- Nelson, Cary, Paula Treichler y Lawrence Grossberg (1992) *Cultural Studies: An Introduction*. En: Lawrence Grossberg, C. Nelson y P. Treichler: *Cultural Studies*. New York: Routledge. pp:1-16.
- Ochoa Gautier, Ana María (2002) "Políticas culturales, academia y sociedad". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 213-224.
- Ortíz, Renato (2001) "Estudios culturales, fronteras y traspaños. Una perspectiva desde Brasil". *Punto de Vista*, N° 71: 36-40.
- Pavlovsky, Eduardo (1994) *La ética del cuerpo, conversaciones con Jorge Dubatti*. Buenos Aires: Los Ediciones Babilonia.
- Pajuelo, Ramón (2002) "El lugar de la utopía. Aportes de Aníbal Quijano sobre cultura y poder". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 225-234.
- Poblete, Juan (2002) "Trayectoria crítica de Angel Rama: la dialéctica de la producción cultural entre autores y públicos". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 235-246.
- Rama, Angel (1985) *La Ciudad Letrada*. Montevideo: Fundación Angel Rama.
- Ríos, Alicia (2002) "Los Estudios Culturales y el estudio de la cultura en América Latina". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 247-254.
- Rosas Mantecón, Ana (2002) "Los estudios sobre consumo cultural en México". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 256-264.
- Sant'Anna, Catarina (2002) "Poder e Cultura: as lutas de resistência crítica a través de duas experiências tetarais". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 265-276.
- Sarlo, Beatriz (1997) "Cultural Studies Questionnaire". *Journal of Latin American Cultural Studies*. 6 (1): 85-92.
- Sovik, Liv (2002) " 'O Haiti é aqui / O Haiti não é aqui': Música Popular, Dependência Cultural e Identidade Brasileira na Polêmica Schwarz-Silviano". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 277-286.
- Storey, John (1996) *What is Cultural Studies? A Reader*. Londres: Arnold.
- Sunkel, Guillermo (2002) "Una mirada otra. La cultura desde el Consumo". En: Daniel Mato (coord.) *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 287-294.
- Tinker Salas, Miguel y María Eva Valle (2002) "Cultura, poder e identidad: la dinámica y trayectoria de los intelectuales chicanos en los Estados Unidos". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 295-306.
- Turner, Graeme (1992) *British Cultural Studies: An Introduction*. Londres: Routledge.
- Vargas Valente, Virginia (2002) "Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo Milenio. (Una lectura político personal)". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 307-316.
- Walsh, Catherine y Juan García (2002) "El pensar del emergente movimiento afroecuatoriano. Reflexiones (des)de un proceso". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias

Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 317-326.

Wortman, Ana (2002) "Vaivenes del campo intelectual político cultural en la Argentina". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 327-338.

Yúdice, George (2002) "Los Estudios Culturales y la nueva división internacional del Trabajo Cultural, o cómo se colabora y se contiene en la construcción de una transdisciplina transnacional". En: Daniel Mato (coord): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 336-352.

